

5. LOS ELEMENTOS MUEBLES

Se agrupan en diversos apartados, según su carácter funcional y también según los materiales en que están fabricados. Con diferencia, el grupo más numeroso está constituido por elementos vasculares¹⁰.

5.1. LA CERÁMICA

ASPECTOS GENERALES

Para el análisis de los materiales cerámicos de sa Caleta cabe tener en consideración una serie de factores mecánicos, un tanto específicos, que inciden en su estudio y, consiguientemente, en su valoración final. En primer lugar, el carácter no auto-productor de este centro, puesto que la inmensa mayoría de vasos a torno encontrados en sa Caleta fue fabricada en los enclaves fenicios de la costa sur ibérica. En cualquier caso, de modo muy mayoritario, se trata de recipientes cuya pasta contiene minerales incompatibles con la geología de Ibiza, al tener carácter metamórfico, como mica-esquistos y pizarras, entre otros.

Otro grupo –dejando ahora de lado la cerámica hecha a mano– proviene de talleres fenicios del Mediterráneo Central y Oriental.

Sin duda, el factor anteriormente citado se tradujo en un reaprovechamiento de los vasos muy por encima de lo que pudo ser habitual en establecimientos fenicios de su género, pero auto-productores de cerámica. De este modo, es fácil observar ánforas de transporte, con la boca, fondo y asas recortadas *ex profeso*, con la finalidad de improvisar anillos-soporte, pesas de telar y cubetas para líquido, mientras que los propios fragmentos de cuerpo eran utilizados para la confección de plataformas refractarias en los hogares. Es decir, un aprovechamiento integral de los envases amortizados y rotos accidental o intencionalmente.

Además, está demostrado que en todo el asentamiento existió un proceso mecánico de eliminación de residuos –incluidos los cerámicos inservibles– arqueológicamente grave. Gran parte de éstos pudo haber ido a parar directamente al mar, ya que las unidades vasculares registradas en los diversos estratos son claramente el resultado de acciones sucesivas de desescombros, manteniendo un carácter residual muy acentuado.

Del mismo modo, cabe considerar el particular proceso estratigráfico, que se verifica sistemáticamente en todo el yacimiento. Por debajo de los niveles de hundimiento de techumbres y partes altas de los muros, se detecta un nivel de ocupación final – abandono, que se apoya siempre sobre el substrato rocoso base o sobre capas de nivelación, es generalmente débil y es el resultado de los procesos periódicos de limpieza de las distintas estancias e, incluso, es-

10. Para depejar el texto se elude una referencia puntual a los individuos que se citan concretamente en el presente capítulo; ellos, con su sigla correspondiente de inventario y, con el orden visto antes, se representan todos en las figuras y, en algunos casos, en las láminas.

pacios libres exteriores. Procesos que, normalmente, dejaban elementos residuales, en el suelo de habitación o trabajo, como fragmentos cerámicos, generalmente pequeños, procedentes de vasos rotos y evacuados del lugar.

Por otra parte, es evidente que el establecimiento fue abandonado de un modo organizado, por todo lo cual se trasladaron a otro lugar los elementos muebles, incluidos los vasculares, y de otra clase, aún utilizables. La realidad, en detrimento científico, es que nunca se sabrá, a pesar de haber podido excavar un gran número de ámbitos y espacios externos, tal y como los dejaron los fenicios, cuales eran los materiales e instrumentos existentes en cada uno de ellos.

Esta mecánica y otras circunstancias citadas, explican la entidad y naturaleza –indudablemente pobre, en comparación a la envergadura y urbanística del poblado– de los materiales cerámicos, y de otro tipo, registrados en el asentamiento ibicenco.

A pesar de lo afirmado, en algunos aspectos, los materiales de sa Caleta permiten reabrir ciertos debates ceramológicos, que no se hallan exentos de algunos aspectos de interés, por ejemplo, la cronología *ante quem* de todo el conjunto vascular, fijada por su abandono definitivo.

LA ESTADÍSTICA

Atendiendo el número, relativamente bajo, de fragmentos por unidad, se ha ensayado un cálculo por aproximación a «individuos reales». Para ello, tras un proceso de clasificación del material, ciertamente laborioso, donde se han tenido en cuenta factores como características físicas, mineralógicas, granulometrias y densidades aparentes, coloraciones, tipología, etc., de los fragmentos, se ha intentado deducir cuantos individuos distintos de cada categoría componen dichas unidades. Se admite un margen de error que, en cualquier caso, no debe superar el 5 / 10 %, pero que permite una aproximación, tal vez, más exacta que otros sistemas, ya clásicos, que en cualquier caso, también se han ensayado. Los resultados globales, por este método, son los siguientes:

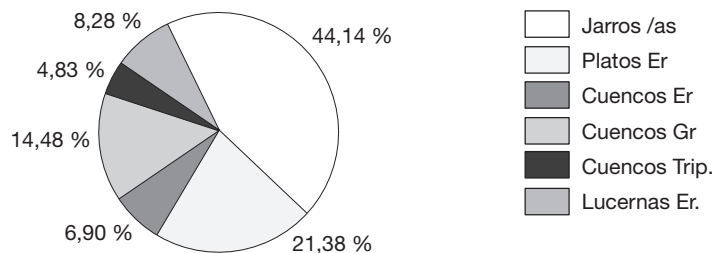
- Cerámica a torno 84,67 %, cerámica a mano 15,33 %.
- Ánforas (sobre el total de cerámica a torno) 86,03 %,
- Resto a torno (sobre el total de cerámica a torno) 13,97 %

Sobre el total de material a torno anfórico:

- Ánforas de producción fenicio-occidental 94,21 %.
- Ánforas fenicias centro-mediterráneas 5,51 %.
- Ánforas procedentes de talleres orientales o indeterminados 0,28 %.

Sobre total vasos a torno no anfóricos:

- Jarros y jarras 44,14 %.
- Platos con y sin engobe rojo 21,38 %.
- Cuencos con y sin engobe rojo 6,90 %.
- Cuencos de cerámica gris 14,48 %.
- Cuencos trípodas 4,83 %.
- Lucernas 8,28 %.



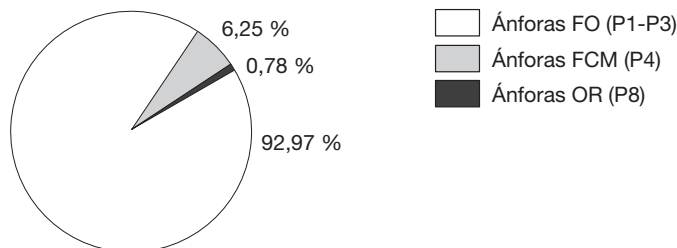
Gráfica 1: %, por aproximación a individuos reales, de la cerámica a torno, con exclusión de las ánforas, por categorías vasculares (Er = engobe rojo, Gr = gris, Trip. = trípodas).

Otro sistema de cálculo estadístico, este ya perfectamente convencional, ha sido el de individuos, considerados, en este caso, por bordes, que no pudieron encajarse entre sí. El resultado es el siguiente:

- Cerámica a torno 80 %, cerámica a mano 20 %.
- Ánforas (sobre el total de cerámica a torno) 59 %, resto a torno 41 %

Sobre el total de material a torno anfórico:

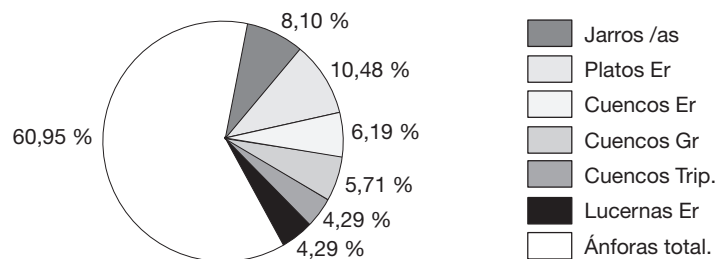
- Ánforas de producción fenicio-occidental 92,97 %.
- Ánforas fenicias centro-mediterráneas 6,25 %.
- Ánforas procedentes de talleres orientales 0,78 %.



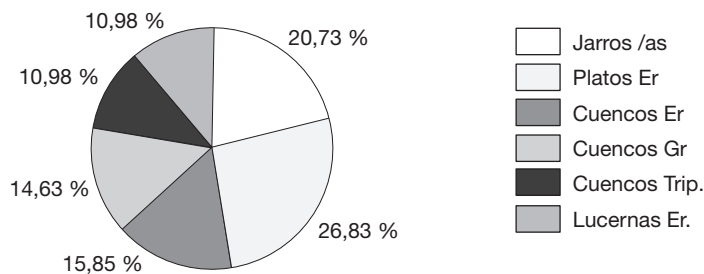
Gráfica 2: % de ánforas, por procedencias, sobre tipos morfológicos (bordes).

Sobre total vasos a torno no anfóricos:

- Jarros y jarras 20,73 %.
- Platos con engobe rojo 26,83 %.
- Cuencos con engobe rojo 15,85 %.
- Cuencos cerámica gris 14,63 %.
- Cuencos trípodas 10,98 %.
- Lucernas 10,98 %.



Gráfica 3: %, por individuos morfológicos (bordes), del total de la cerámica a torno, por categorías vasculares (Er = engobe rojo, Gr = gris, Trip. = trípodas).



Gráfica 4: %, por individuos morfológicos (bordes), de la cerámica a torno, con exclusión de las ánforas, por categorías vasculares (Er = engobe rojo, Gr = gris, Trip. = trípodas).

Entre ambos sistemas de cálculo, se observa una diferencia apreciable en cuanto a los grandes contenidos y, genéricamente, también los jarros y jarras, en relación al resto de series. En efecto, el cómputo por bordes deja en clara desventaja a los grandes vasos cerrados, frente a otros, tipo cuenco o plato, cuyo porcentaje «morfológico» inherente es muy superior a los primeros. Sin duda, la realidad de la estadística está cerca del punto medio entre ambos sistemas que, por otra parte, no son contradictorios.

En todo caso, es obvia la supremacía de las ánforas, seguidas por los cuencos y platos, después jarros y jarras y, a mayor distancia, otros elementos como lucernas o morteros-trípode. Es claro también el neto predominio de la cerámica a torno (80-85 %) frente las producciones a mano.

Otro dato interesante es que, en sa Caleta, el tanto por ciento de cerámica de engobe rojo, es del 65-74 %, frente al 26-35 % de cerámica gris, comparando sólo series funcionales aproximadamente equivalentes, es decir, platos y cuencos, y excluyendo formas, como jarras y lucernas, que en muchos casos incorporan tratamiento de engobe rojo, mientras que nunca se fabrican en pasta reductora.

Por otra parte, todos los elementos cerámicos han sido clasificados en grupos diversos, según la composición física de su masa, aunque, ciertamente, a partir de observaciones macroscópicas.

Se han establecido diez grupos que son los siguientes P1, con presencia de nódulos de pizarra / gneiss, esquistos negros, brillantes o semibrillantes, cuarzos traslúcidos, calcitas blancas y mica, entre otros. P2, con cuarzos traslúcidos, calcitas, micas y otros. P3, con calcitas, mica, nódulos grises, marrón oscuro, rojos (férricos) y otros. P4 cuarzos traslúcidos, cal, nódulos rojos, cerámica triturada y otros. P5 calcitas blancas y semitraslúcidas angulares (muy abundantes), mica y otros. P6: cuarzos traslúcidos, calcitas blancas y/o semitraslúcidas angulares, moscovita y otros. P7, cuarzos traslúcido y/o calcitas blancas y/o semitraslúcidas angulares, biotita y otros. P8, nódulos de cal, nódulos rojos marrón oscuro, férricos y otros. P9, nódulos férricos, mica. P10 atribución dudosa.

El P1 es el más característico del que se denominó «Málaga-Granada» (Ramon 1995: 256-257) que, en sa Caleta, está compuesto por ánforas de transporte al igual que todo el resto de vajilla fenicia a torno e, incluso de una serie de cerámicas a mano.

Por otra parte, el P2, que macroscópicamente muestra la misma componenda (con abundante cuarzo rodado) y a excepción de los esquistos negros y brillantes y otras partículas de apariencia pizarrosa y que, desde un punto de vista técnico, presenta estructuras y coloraciones muy similares. Seguramente, procede de las mismas zonas de Andalucía mediterránea centro-oriental. Este grupo, igualmente, incluye gran parte de la gama vascular fenicio-occidental.

En cuanto al P3, cabe decir que, generalmente, responde a ánforas T-10121 de formato mediano-pequeño y paredes más finas. Su pasta, tanto en lo que se refiere al aspecto epidérmico, como en la cantidad y granulometría del desgrasante es también mucho más fina. Existen, igualmente otros vasos con esta pasta, como jarros y jarras o vajilla con engobe rojo, de morfología también fenicia.

El P4 es un grupo importante, porque corresponde al denominado «Cartago-Túnez» (Ramon 1995: 258-259). Generalmente, en el caso de sa Caleta se trata de los talleres de la propia Cartago, y es el grupo más excéntrico de todo el conjunto, salvo posibles individuos orientales. Los grupos P5 a P7 corresponden a ciertos individuos fabricados exclusivamente a mano y en la mayoría de los casos son vasos puramente indígenas. Finalmente, los grupos P8-P10 han sido agrupados ya que representan producciones, sea del oriente, o sea, simplemente, de atribución difícil.

5.1.1. La cerámica a torno

5.1.1.1. Cerámica fenicia fabricada en el Mediterráneo occidental

Con mucha diferencia, es la más numerosa entre el repertorio de sa Caleta y no sólo en cuanto a número de individuos, sino también la representada más ampliamente en cuanto a su repertorio morfológico y funcional. Como antes se ha indicado, la mayoría de piezas, por su estructura y por su composición mineralógica –con abundantes desgrasantes de esquistos, pizarras y otros– pertenecen al grupo Málaga-Granada, otras pertenecen a talleres situados en sectores del extremo occidente aún no determinables.

En cuanto a la cerámica de engobe rojo, cabe aclarar de entrada que se trata de un concepto que aquí se va a aplicar, *ad littera*, exclusivamente, en individuos vasculares que, efectivamente, recibieron este tratamiento. El término, a partir de nomenclaturas difundidas a raíz de las investigaciones en los valles del Vélez y del Algarrobo, promovidas por el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid en las décadas de los 60 y 70 del siglo XX, se ha vulgarizado, finalmente, en el de «cerámica roja», aún en plena vigencia. No es útil confundir colores de la cerá-

mica, propiamente dicha, con el de su tratamiento, a veces incluso funcional y opcional. Por otra parte, la realidad incontestable, que diversas categorías, de un lado, tipológicas y, de otro, funcionales, fueron, o no, *ex profeso* tratadas con este acabado, hace un tanto absurda la categorización de los *instrumenta* cerámicos, bajo este punto de vista.

El engobe rojo con el cual están tratados una serie de individuos cerámicos de sa Caleta, en todos los casos, responde a calidades de más o menos grosor, a veces espatulados, pero con una adherencia más bien escasa, producto de una técnica con un porcentaje de arcilla considerable. No existen engobes con las técnicas avanzadas, de gran dureza y calidad, como las observadas en el sector alfarero 3/4 del Cerro del Villar (Curiá *et al.* 1999: 190-191), a partir de los inicios del siglo –VI. Se corresponden, en cambio, con los horizontes de los siglos –VIII/-VII de la costa andaluza.

En sa Caleta, el engobe rojo se aplica a platos, lucernas, cuencos diversos y jarras diversas. En algunas ocasiones ha habido dudas sobre si determinada pieza había perdido el tratamiento, o no lo tuvo nunca, debido a condiciones salinas, muy severas, del yacimiento y otros factores post-deposicionales. En este sentido, cabe indicar que los materiales han sido minuciosamente examinados y, vista la realidad que en puntos incluso afectados directamente por el agua marina (extremo meridional del barrio S) estos engobes se conservaban relativamente bien, se ha juzgado y clasificado, en general, por los indicios observados. Resultado de ello es la apreciación que en el yacimiento existen categorías, como platos, cuencos de mesa, o lucernas que, en unos casos, recibieron engobe rojo y, en otros, no.

Lo mismo sucede con otros conceptos, difundidos en las mismas circunstancias, «cerámica amarilla», tal como se entiende, corresponde a vasos que, en realidad, adquirieron esta coloración por simple combinación de plástica, minerales y atmósferas combustivas. Puede tratarse de talleres distintos con esta, llámesele, «tendencia» o, incluso, de unos mismos, sometidos aleatoriamente a procesos variables, sin que ello deba ser entendido como un resultado intencional. Lo cierto, es que forman parte de la misma familia «oxidante», cuyas pastas pueden variar en el marco de una gama determinada, pero más amplia, considerablemente de coloraciones, excepto la gris. La diferencia entre «cerámicas toscas» (otro de las nomenclaturas divulgadas en el mismo contexto) y «cerámicas amarillas» debe ser considerado en el marco citado. En cualquier caso, son conceptos que en sa Caleta no se van a utilizar desde un punto de vista primario y a favor de consideraciones tipo-funcionales de los recipientes, en primer lugar, y tratamientos intencionales de superficies, en segundo.

La cerámica ordinaria, afecta sobre todo, ánforas, contenedores tipo *pithoi* y jarras de cuello acilindrado y algunos cuencos, no sólo de procesamiento, incluidos los morteros-trípode, sino también de mesa. Muchas ánforas, en realidad, recibieron algún tipo de tratamiento en su epidermis, normalmente fino y de poca consistencia. No faltan, sin embargo, muestras de grandes ánforas T-10121, con pastas rudas y esquistas, cubiertas por grueso y verdadero engobe blanco, de la misma textura que el rojo. Contenedores medianos como *pithoi* y jarras de cuello acilindrado, tienen en coexistencia con otras de mineralogía más gruesa y metamórfica (P1), pastas más finas (P3). A menudo, están tratadas con decoraciones policromas, sobre lechadas muy finas y poco adherentes, blanquecinas, sobre las cuales se trazan bandas rojizas de pintura o engobe (no siempre es objetiva su distinción) y líneas oscuras. Sin embargo, el material con decoración policroma de sa Caleta está incluso conservado en peores condiciones que el de engobe rojo.

Finalmente, el concepto de cerámica gris no ofrece mayores problemas, se trata de técnicas que afectan íntegramente los recipientes y cuyos tratamientos intencionadamente marchan en el mismo sentido. En sa Caleta la cerámica gris se documenta, exclusivamente, en cuencos abiertos. La mineralogía observada es siempre metamórfica y más bien gruesa.

En cuanto a las cronologías del material a torno fenicio-occidental de sa Caleta, son inevitables una serie de comparaciones con el encontrado en otros yacimientos, a condición de hallarse bien estratificado o en contexto cronológico claro. En todo caso, conviene no olvidar, que fuera de yacimientos indígenas donde, ciertamente, algunas categorías vasculares fenicias, en muchos casos, fueron ampliamente comercializadas, pero donde los encuadres cronológicos son generalmente subsidiarios, los datos contextuales en los propios enclaves semitas, útiles a este efecto, hoy por hoy, principalmente, son los siguientes:

Las Chorreras, muy importante por presentar una fase de ocupación única y corta, fechada genéricamente en la segunda mitad del siglo –VIII (Aubert 1974; Aubert, Maass-Lindemann, Schubart 1975 y 1979), aunque recientemente los inicios del establecimiento tienden a retrotraerse hasta segundo cuarto de este siglo (Martín *et al.* 2006: 30-31).

Los Toscanos, con un importante elenco de registros estratigráficos basados en campañas intermitentes realizadas entre 1964 y 1978. Las secuencias de 1964 y 1967 han sido datadas del siguiente modo:

Estrato I c. -730/-710, I-II c. -710/-685, III c. -730/-685, IVa-b c. -685/-665, IVc-e c. -665/-620, V c. -620/-600 y posterior.

La campaña de 1971, aún hoy, sigue siendo la única publicada con una mínima amplitud, en cuanto a estructuras, estratigrafías y, tanto más, repertorios materiales, pero no exenta, por una parte, en un análisis crítico más profundo de los elencos cerámicos estructuralmente hablando y, por otra, de imprecisiones evidentes en cuanto a la atribución y análisis de materiales, léase incluso, de apreciaciones crono-estratigráficas (cf. Ramon 1995: 81-82).

En todo caso, la cronología asignada a las diferentes fases o estratos (ahora en números árabes), en un intento de asimilarlas a la secuencia de 1964 y 1967 (en números romanos) viene a ser la siguiente (Maass-Lindemann 1982; Schubart, Maass-Lindemann 1984: 62-66): fase 1, pre-fenicia, equivaldría a Pre-I de 64/67, fases 2a y 2b equivalentes a I-II, fase 3, en casa H, equivalente también a I-II, fase 4 con dudas igual a III, fases 6a, 5a y, probablemente 4a equivalentes a III, fase 6b, equivale a IV, la fase 7 es posterior al uso del almacén C: 7a igual a IVf y 7b igual a nivelación V.

En conjunto, campañas de los años 1970, 1971, 1973, 1976 y 1978, un tanto globalizadas por R. Docter (1997: 67): 1 c. -700/-685, 2a-b c. -685/-675, 3a c. -675/-640, 3b-c c. -640/-620, 4 c. -620/-600, 5 c. -600 y posterior.

Del Cerro del Villar, se cuenta ya con la publicación de algunos conjuntos de sumo interés. Uno de ellos, es el sector alfarero 3/4 (Aubet, Ruíz, Trellisó 1999: 149-156; Curiá *et al.* 1999: 157-277), muy bien fechado, con cerámicas griegas y etruscas, a finales del siglo -VII y en los primeros decenios del siglo -VI y del cual se ha dado a conocer un número de materiales muy alto y muy significativo, que cubre perfectamente las expectativas en este tipo de estudios modernos. Otro es, desde luego, la secuencia del corte 5 (Aubet 1999: 76-147), que acumula una serie de estratos, fechados desde los últimos decenios del siglo -VIII y primeros años del siguiente (estratos X a V), en contemporaneidad con Toscanos I-III, Chorreras y Montilla, para saltar, tras un evidente hiato, al último cuarto del siglo -VII (estrato IV) y enlazar (estratos III y II) con la misma *facies* del sector 3/4, de inicios del siglo -VI.

También Cartago (a efectos de cerámica fenicio-occidental, útil casi exclusivamente para ánforas) las excavaciones de la Universidad de Hamburgo en el cruce del Decumano Máximo y el Cardo X (Niemeyer, Docter 1993: 201-244; Docter 1997), con la estratificación siguiente: Ph. I -760/-750, estrato IIa -750/-725, IIb -725/-700, IIIa -700/-675, IIIb -675, IVa -675/-645, IVb -645/-575 y otras posteriores.

Centros como el Morro de Mezquitilla, Castillo de Doña Blanca y La Fonteta, cuando se publiquen sus conjuntos estratificados, con la debida amplitud, constituirán, sin duda, un apoyo muy firme, sino definitivo, a las series cerámicas fenicias e, incluso indígenas, debido entre otros factores a la cantidad, siempre relativa, de materiales griegos con los cuales aparecen asociados, pero se está aún a la espera de ello, excepto en el caso de algunos materiales selectivos ya dados a conocer de modo parcial y puntual.

ÁNFORAS

En sa Caleta las ánforas constituyen un tipo de material clave, porque cuantitativamente, se halla por encima del resto de categorías vasculares a torno, tomadas incluso, en conjunto, con tantos por cientos absolutos, según el tipo de cómputo, entre 59 y 86 %.

En cuanto a tipologías, en el asentamiento ibicenco, sólo se documentan dos modelos, el T-10.111 y el T-10121, pero esta clasificación (Ramon 1995), que continúa siendo válida, merece de algunas apreciaciones, a propósito del material de sa Caleta y de otros datos externos, no carentes de interés.

Por lo que se refiere a la atribución precisa a cada uno de los dos tipos indicados, cabe señalar que, mediante fragmentos que conservan elementos significativos –p. ej., bordes o tramos suficientes del perfil de la espalda –ésta, en algunos casos, es posible, mientras que, en muchos otros, no sucede así, especialmente con fragmentos informes de cuerpos, asas, carenas, etc., donde las distinciones aún hoy son arriesgadas.

El T-10111, es un metatipo que, en su día (Ramon 1995: 229-230), fue definido en base a un número no muy elevado de recipientes completos que se atribuyeron a este modelo, procedentes de San Montano (Pithecoussa), Juno y otras necrópolis de Cartago, junto con una serie mayor de partes identificables, sobre todo bordes, y el apoyo de contextos cronológicos principalmente en enclaves occidentales como, ante todo, Las Chorreras. Por la misma razón, cabe, una vez más, poner de manifiesto que la transición de este tipo con el que, a todos los efectos, fue su sucesor, el T-10121, conlleva lógicos problemas de definición.

En todo caso, el T-10111 define los horizontes del último tercio del siglo -VIII de los establecimientos fenicios del extremo Occidente, como Castillo de Doña Blanca, Lixus, Toscanos I/II, Morro de Mezquitilla y, sobre todo, Chorreras, enclave paradigmático para este tipo de recipiente.

A pesar que este tipo de ánfora fue definido a partir de su arquitectura global, lo cierto es que sus característicos bordes, en la práctica habitual arqueológica, constituyen el elemento más útil.

En sa Caleta un número significativo de bordes de ánforas T-10111 abarca la mayor parte de variables del género. Merece la pena un repaso pormenorizado de este material, entre otras, por sus claras implicaciones cronológicas.

Los bordes n-3, XXV-5, dc-1, ll.1 y r-1 se caracterizan por una cara externa oblicuo-exvasada, levemente cóncava y escalón en su base y una cara interna, con el punto de máximo ensanchamiento en la mitad de su altura o, incluso, por encima y tienen claros paralelos en las Chorreras (p. ej., Aubet, Maass-Lindemann, Schubart 1975, Abb 8, núm. 94; Martín, Ramírez, Recio 2005, fig. 7 núm. 10) y en Lixus (Belén *et al.* 2001, figs. 7 núm. 555, 8 núm. 354, 13 núm. 562), entre otros horizontes del siglo –VIII.

Los bordes i-1/3, h-4, S-70 y, tal vez, S-61 (este incompleto) tienen características formales casi similares a los comentados antes, la única diferencia radica en la falta de escalón en su base externa. Existen en Los Toscanos algunos individuos idénticos, de cronología muy antigua, en todo caso anterior a la construcción del Almacén C (Maass-Lindemann 1982, tav. 14 núm. 472), así como en Las Chorreras (Maass-Lindemann 1983, abb. 4 núm. 42).

El borde S-31 es muy alargado, con la cara externa cóncava, lisa y ligeramente oblicuo-exvasada. Tiene paralelos muy estrictos en los estratos 3b (1971) y I/II (1967) de Los Toscanos (Maass-Lindemann 1982, tav. 14 núm. 468; Docter 1997, núm. 67) y en las Chorreras (Gran Aymerich 1981, fig. 21, 73E08IX5687 y fig. 22, 730002783, J07X10032, etc.; Aubet, Maass-Lindemann, Schubart 1975, Abb 8, núm. 95). A parte de estos, una T-10111 de la necrópolis Cartaginesa de Juno (Chelbi 1985, núm. 3; Ramon 1995, fig. 195 núm. 395) lleva el mismo tipo de borde. Por su morfología, a la pieza S-31, pueden asimilarse también los bordes de sa Caleta S-122, S-25, S-26, éste último con un nervio en el centro de su cara externa, y en cierto modo, también S-18. Lo mismo puede decirse de los bordes VIII-1 y S-24, un poco más gruesos que los anteriores, pero de idéntica concepción morfológica y paralelizables con otros individuos de cronología antigua contrastada, por ejemplo, en Toscanos II (1967) y 2b (1976) (Docker 1997, núms. 80 y 105).

El borde i-2, más engrosado y con un escalón en la base de la cara externa, tiene similares en el estrato II (1967) de Los Toscanos (Docker 1997, núm. 74) y en Las Chorreras (Maass-Lindemann 1983, abb. 4 no. 42).

Otros, como el aa-2 y el XXIX-1, con escalón en la base externa y de perfiles redondeados cóncavo-convexos, tienen paralelos bastante estrictos, de nuevo, en las Chorreras (Martín, Ramírez, Recio 2005, fig. 9 núm. 1) e incluso del estrato 3049 del sector del Algarrobo, de Lixus (Habibi *et al.* 2005, fig. 6 núm. 11), fechado también en el siglo –VIII. Por otra parte, el borde n-1 es similar a los anteriores, pero sin escalón en la base externa.

Los bordes p-1 y a-1, de sa Caleta, se caracterizan por su relativa altura y, además, por una cara externa sin escalón en la base, relativamente oblicuo-exvasada, cóncava en la parte media baja y convexa en la superior. Engrosamiento interior alto, que marca una trayectoria superior oblicua, casi rectilínea y, por debajo, convexa. Arquitectónicamente no se alejan del grupo representado por los bordes i-1/3, h-4 y S-70, ya comentados y, en este caso, cabe buscar similares, por ejemplo, en el estrato 3b de Toscanos (1971) (Maass-Lindemann 1982, tav. 15 núm. 537).

El borde S-29 es liso, triangular y muy oblicuo-exvasado se asemeja a algunos materiales de Las Chorreras (Gran Aymerich 1981, fig. 23, 730002768) y del estrato IVa (1967) de Toscanos (Docker 1997, núm. 95). Otras piezas de sa Caleta, como S-30 no difieren en absoluto.

El borde XXIII-9 es relativamente alto, tiene un pronunciado escalón en su base externa, cara exterior cóncava y ápice redondeado, con engrosamiento interno alto y moderado. Es parecido a una pieza de Toscanos I/II (1967) (Docker 1997, núm. 106) y a otra del nivel IIIa1de Cartago (íd., núm. 102).

S-20 y S-67, alargados y poco engrosados por el interior, cara externa cóncava y levemente oblicuo-exvasada. Se asemejan a piezas del estrato VI y Vb del corte 5 del Cerro del Villar (Aubet 1999, fig. 54a y fig. 67b). En el sector 8 del mismo yacimiento, se han encontrado ánforas, de perfil bastante completo, con bordes muy parecidos (Aubet 1997, fig. 2, arriba). Lo mismo puede decirse en relación a algunos materiales de Las Chorreras (Aubet 1974, fig.17 núms. 58 y 59). Por otra parte, los bordes S-38, S-11 y S-6, muy triangulares, de cara externa vertical, pero levemente cóncava y apreciable engrosamiento bajo, por el interior, recuerdan piezas del estrato Va del corte 5 del Cerro del Villar (Aubet 1999, fig. 59k). Incluso, concretamente el S-6 podría encontrar similitudes con materiales del siglo –VIII del Castillo de Doña Blanca (Ruíz 1986, abb. 4 núm. 11; Ruíz, Pérez 1995, fig. 19 núm. 3).

Un grupo definido viene dado por piezas como dc-4, S-72 y j-2, especialmente esta última. Se trata de bordes altos, con la cara externa levemente cóncavo-convexa, sin molduras de separación con la espalda y con la zona de máximo engrosamiento interno en la mitad de su altura o por encima de esta. Pueden paralelizarse con otros bordes encontrados, por ejemplo, en el estrato V del corte 5 del Cerro del Villar (Aubet 1999, fig. 59h), del estrato

I (1964) de Toscanos (Dochter 1997, núm. 107) y de las Chorreras (Martín, Ramírez, Recio 2005, fig. 8 núm. 7). Otros bordes como XXI-3, S-60, S-2, dc-4 y S-58 entran prácticamente en el mismo esquema formal.

Los bordes h-2 y c-1, son más bajos que los anteriores y relativamente más engrosados. A pesar de ello no se alejan excesivamente de la concepción ya vista en los a-1 y p-1 o, incluso, h-4, i-1/3, etc., sino es por el citado detalle. El primero es liso y el segundo lleva escalón en su base externa. Existen piezas parecidas en el estrato 3b (1971) de Toscanos (Maass-Lindemann 1982, tav. 15 núm. 517). No se alejan excesivamente de algunos bordes de la fase 1 (siglo –VIII) del Cerro de Montecristo (Suárez *et al.* 1989, fig. 6 v-w).

Los bordes S-12, S-32 y S-62 son triangulares y relativamente engrosados, de poca altura externa, donde su perfil es rectilíneo, vertical o ligeramente entrante. Este modelo ya existe en horizontes antiguos, como Las Chorreras (Aubert, Maass-Lindemann, Schubart 1975, Abb 8, núm. 96) y el estrato 3b (1971) de Toscanos (Maass-Lindemann 1982, tav. 15 núm. 568) o 2b y 4b (1976) del mismo yacimiento (Dochter 1997, núms. 97 y 133). El dato es interesante, porque demuestra que ya desde las postrimerías del siglo –VIII, o inicios del siguiente, aparece, sin duda, muy minoritariamente y en plan experimental, un modelo de borde que caracterizará las T-10121 durante gran parte del siglo –VII. Sin embargo, la falta por ahora de perfiles de ánforas completas, con estos tipos de borde, ya triangulares y engrosados, dificulta su adscripción al T-10111 o T-10121. Una excepción podría ser una pieza del Castillo de Doña Blanca (Ruíz, Pérez 1995, fig. 19 núm. 3), cuya morfología global parece más semejante a las primeras, aunque es evidente un clima de transformación.

Hasta aquí y, realmente, sin agotar el repertorio, tipos de bordes que se emparentan con ánforas T-10111, o que son producto de momentos, si se quiere, experimentales y de transición; a continuación otros modelos de bordes, que ya pertenecen a momentos de plena vigencia de sus sucesoras formales, las T-10121 (Ramon 1995: 230-231).

En este sentido, cabe indicar que bordes muy similares al i-2, antes comentado, son los g-2, XXVI-1, IV-1, XVII-1 y S-63, moderadamente engrosados, a media altura, por el interior y por fuera una cara levemente oblicuo-exvasada, con escalón en su base. Modelos muy parecidos se encuentran, por ejemplo, en los estratos 3056 y 3042 del sector del Algarrobo, en Lixus (Habibi *et al.* 2005, fig. 6 núms. 6 y 12), que se fechán, respectivamente, en pleno siglo –VIII y en pleno siglo VII. No muy distintos a los anteriores, excepto por su cara externa cóncavo-conveja, aunque también escalonada, son los bordes S-123 y fe-1. Por su morfología, deben de ser relativamente antiguos, dentro del siglo –VII o, incluso, postrimerías de la centuria anterior, en el marco aún de las T-10111.

Bordes como XXXVIII-1 o S-54 pueden paralelizarse con piezas de Toscanos (1971) del estrato 7a-b (1971) (Maass-Lindemann 1982, tav. 15 núms. 520 y 521). Se caracterizan por su perfil triangular, con cara externa vertical y rectilínea y engrosamiento interior mediano a una altura central. Pueden llevar un ligero escalón, o concavidad en su cara interna.

Los bordes S-15, 19 y 21 son triangulares alargados, de cara externa también vertical y rectilínea y engrosamiento interno bajo o medio-bajo, pero no «caído». Similares en contextos estratificados existen en Cartago IVb2 (Dochter 1997, núm. 72) y Toscanos IVc (1967) (*id.*, núm. 73). También los individuos S-1, S-3, S-5, S-7, S-17 pueden, aproximadamente, adscribirse a este grupo y lo mismo el S-23, éste último con la única diferencia de una cara externa levemente oblicuo-exvasada, aunque rectilínea.

El borde a-2, no muy alto y de cara externa oblicuo-exvasada y rectilínea, con engrosamiento interior mediano y bajo, puede considerarse similar a piezas de Toscanos IVa y IVb (1964 y 1967) (Dochter 1997, núms. 75 y 77).

El borde XXVI-34 no es muy distinto al anterior, un tanto más redondeado y con la cara externa un poco más cóncava. Puede compararse a piezas de Toscanos IVb (1967) (Dochter 1997, núm. 79).

Las piezas S-65 y fb-1, parecidas a las anteriores, pero con una acanalación en su base externa, son similares a Cartago IIIa1 (Dochter 1997, núm. 100).

El borde h-3, de sección sub-triangular, cara exterior muy oblicua y engrosamiento bajo, sin molduras, ni escalones, es paralelizable a piezas del estrato 3b (1971) de Toscanos (Dochter 1997, núm. 126).

El borde S-8, ya muy engrosado y con cara interna, inferior un tanto «caída», de poca altura y con cara exterior vertical y rectilínea, es parecido a piezas de Toscanos 4 (1973) (Dochter 1997, núm. 132).

Otros bordes característicos (j-3, ad-1, XIV-1, VI-1, S-34 y, con más dudas por su fragmentación, S-36) tienen en común un relativo engrosamiento interno, pero a considerable altura. Por otro lado, su caras externas, un tanto oblicuo-exvasadas, tienen un perfil cóncavo-convejo y un escalón más o menos pronunciado en su base. Estos modelos de borde parecen transmitir, través del siglo –VII la herencia de los bordes escalonados más alargados de la *facies* Chorreras, hasta enlazar con otros que se comentarán después.

Finalmente, cabe reseñar un lote de bordes con una serie de características específicas bien definidas: gran engrosamiento interno y, con una cara inferior sensiblemente abombada y generalmente «caída». Sección casi sub-

cuadrangular o sub-trapezoidal. Caras exteriores de poca altura, a veces lisas, de inclinación variable o, muy frecuentemente, molduradas y con escalón o acanalación en su base. Componen este grupo los individuos S-56, S-68, S-115, XX-1, XX-2, XXV-6, XXVI-2, XXVI-39, XXXI-1, p-34, cl-1, e-3, bg-40, aa-1, aa-3, ea-1.

Se trata, en realidad, de los mismos modelos de borde que ya aparecen en el estrato IV del corte 5 del Cerro del Villar (Aubert 1999, figs. 62-64), fechado en el último cuarto del siglo –VII. Éstos, decididamente, anuncian los tipos de borde de las ánforas fenicias de la costa andaluza de la primera mitad del siglo –VI, muy bien definidos a partir de horizontes como el estrato II del sector 3/4 del Cerro del Villar (Aubert 1991, abb. 9; Curiá *et al.* 1999, figs. 109, 120, 132, 134, 135, 142, 143, 158-163, 173-176, 179, 185-187, 190, 194), o algunos niveles de la ciudad de Málaga, concretamente, el sondeo de San Agustín (Recio 1990, figs. 20, 21, 23 y 24). Sin embargo, en sa Caleta van asociados con perfiles que parecen corresponder aún a ánforas T-10121, y no T-10211, como, por lo general, sí sucede en los citados horizontes del siglo –VI.

En realidad el modelo de borde comentado antes debe caracterizar, igualmente, los horizontes (mal conocidos, al menos a nivel de publicación) de Toscanos IVf y V, Cerro del Prado, estratos 1 y 2 (Ulreich *et al.* 1990, abb. 19 núms. 1-14), sin duda Mogador y muchos otros de los últimos decenios del siglo –VII y primeras décadas del siguiente.

Por otro lado, los perfiles de ánforas mínimamente íntegros o, al menos, partes considerables de ellas, que en sa Caleta ha sido posible recomponer, son ciertamente muy escasos, por las razones argumentadas antes de reutilización secundaria y por partes de los envases rotos o amortizados. Fragmentos que, conservando el borde, han mantenido hasta un tramo variable por debajo de la carena de la espalda, son los individuos i-1/3, IV-1, VIII-1, XVII-1, XXVI-1, evidenciando su clara pertenencia al T-10121 o incluso, como en el caso de VIII-1, T-10111.

Cabe señalar el ánfora r-1, cuyo borde antes ha sido comentado, con unos fragmentos de cuerpo que apuntan también hacia una arquitectura global enmarcada en las T-10111. Destaca, además, un individuo que, con ciertas lagunas, conserva gran parte de su perfil general, borde incluido. Es el g-2, significativo por su acusadísima carena en la espalda, que es alta y muy convexa y, por debajo de esta carena, el cuerpo acusa un marcado estrangulamiento, pero con un diámetro máximo no muy por encima del correspondiente a la espalda, aparte de asas poco sobreelevadas. Se trata de una T-10121, no muy reciente morfológicamente hablando, sobre la cual son plenamente visibles los influjos de algunas ánforas fenicias del levante mediterráneo.

Merece también un comentario específico el individuo d-1, cuyo borde, asas y fondo fueron recortados por los mismos fenicios. En cualquier caso, se trata de uno de las piezas recomponibles más alargadas y con una proporción entre diámetro máximo y diámetro en la carena considerable, que se halla en el extremo final de las T-10121.

Se han registrado también individuos T-10121 de pequeño formato –p. ej., VI-1, al que solo falta el fondo. Un número significativo de ellos presenta pastas finas, concretamente del grupo P3.

Sin embargo, a juzgar por las proporciones de la mayor parte de grupos de bordes, es evidente que existen siempre individuos de todos los tamaños, desde grandes a pequeños.

Resulta ilustrador el dato siguiente: sobre el total de bordes de ánforas fenicio-occidentales registrado en sa Caleta, como mínimo el 20 % pertenece a modelos antiguos, del último tercio del siglo –VIII hasta primeros años del –VII, el 59 % pertenece a ánforas de pleno siglo –VII y el 17 % a tipos de bordes del último cuarto de esta misma centuria.

Muy significativo resulta el porcentaje de ánforas, según los grupos de pastas (por individuos reales) ya comentados, que es el siguiente: P1: 64,37 %, P2: 22,53 %, P3: 7,24 %, P4: 5,52 %, P8-P10: 0,34 %.

En este sentido, el resultado es contundente: al margen de las producidas en talleres fenicios, no existen en sa Caleta ánforas fabricadas en enclaves indígenas, griegos, o etruscos, hecho que también informa nítidamente sobre el espectro, radio comercial e, incluso, cronología del asentamiento. En segundo lugar, la producción anfórica propiamente fenicio-occidental está representada por una abrumadora mayoría de individuos del grupo Málaga-Granada (P1), cuya presencia, no sólo es ampliamente mayoritaria, sino que, incluso, si se confirmara que los grupos P2 y P3 proceden también de esta zona, este porcentaje aumentaría hasta cotas altísimas, con un 94,14 % sobre todos los grupos de pastas que involucran ánforas fenicias en sa Caleta.

No menos importante es el porcentaje de ánforas de producción cartaginesa que, sobre el total anfórico, se mueve entre el 5,51 y el 6,25 % y, finalmente, la presencia de ánforas de producción fenicia oriental prácticamente nula ya que, incluso unidas a otras de atribución simplemente dudosa, no superarían el 0,28 - 0,78 % del total de ánforas.

JARROS Y JARRAS

Ya se ha dicho que en sa Caleta, sobre el total de cerámica a torno no ánforica, la familia de contenedores –de formato mediano (jarros y jarras de cuello estrecho carenado, *pythoi*, etc.) y pequeño (*oil bottle*, *dipper jug*, bocas de seta y otros)– que globalmente responden a distintas categorías morfo-funcionales, por aproximación a individuos, reales representa el 44 % y, por individuos morfológicos (bordes), el 21 %.

Pequeños jarros, como las botellas o los jarros de boca de seta, son tenidos como contenedores de líquidos para uso personal –ungüentos, aceites perfumados, etc., mientras que otros, como los *neck ridge jug*, o las jarras sin cuello y espalda carenada fueron tratadas en sus paredes externas con engobe rojo, tratándose, seguramente, de recipientes auxiliares al servicio de mesa.

En cuanto a los *pythoi* y jarras de cuello estrecho acilindrado, normalmente decorados con bandas de pintura bícroma, sin duda, su función debió ser conservar alimentos, en el caso de los primeros y de vasos «intermedios» entre la despensa y la cocina o la mesa, en cuanto a los segundos.

Jarras de cuello estrecho.– Se denominará así a una forma de jarra que, a partir del estudio de Aubet (1976-1978), de los representativos materiales conservados en la *Hispanic Society of America*, de la necrópolis epónima, se ha venido denominando tipo «Cruz del Negro». El concepto, divulgado habitualmente, de jarras «de cuello», al menos en lengua castellana, debería desecharse, no solo porque sería más propio denominarlas jarras «con cuello», sino porque este no es el distintivo morfológico clave: los *pythoi* son jarras con cuello, muy ancho y corto y éstas son jarras con cuello más largo y estrecho.

En sa Caleta, las jarras de cuello estrecho constituyen un material bastante fragmentario, con los graves problemas de precisión tipológica que ello suele conllevar. Dejando constancia que ningún recipiente conserva, a la vez, las dos asas, por su morfología, parecen atribuibles a jarras –es decir, vasos con dos asas– una serie de piezas que se comentan a continuación.

Uno de los individuos documentados es una pieza fragmentaria, XXXV-16, cuyo cuello y borde no se hallaron. Tiene asas geminadas y un perfil de cuerpo caracterizado por un diámetro máximo un tanto desplazado por debajo de su mitad. La mayor parte del cuerpo se halla decorado con una banda ancha de pintura rojiza enmarcada por dos líneas finas negras y por debajo otras dos. En el centro, existe otra banda, de doble anchura que la anterior, enmarcada también con líneas y dividida por otra. Por debajo, otras dos líneas negras. Físicamente y mineralógicamente, pertenece al grupo P3. El perfil del cuerpo es muy parecido al de una pieza de la necrópolis de la Cruz del Negro (Aubet 1976-1978, fig. 2 núm. 7 y fig. 5c), sin que se pretenda decir que pertenezcan a un mismo taller.

La jarra a-3 tiene un borde triangular-redondeado y muy poco exvasado, con una carena situada, seguramente, por encima de su mitad. Es presumible que por debajo se ensanchara levemente. El perfil, tal vez esferoidal, del cuerpo no se ha conservado, mientras que su base es resaltada por el exterior. Toda la parte conservada del cuello y borde esta tratado con engobe rojo. Algún fragmento suelto de cuerpo hace presumir que el engobe no cubría todo el recipiente.

La jarra m29-1, por su parte, conserva todo el cuello, inicio de la espalda y parte de una de las asas, que son de sección geminada. El borde es de sección triangular, moderadamente saliente y cara superior oblicua e inferior redondeada. El cuello, en proporción a su altura, es relativamente ancho, dibuja un marcado nervio ligeramente por encima de su parte media. Por encima de él el cuello tiene un tramo oblicuo-concavo, hasta enlazar con el borde y, por debajo, un tramo acilindrado, levemente cóncavo. La espalda se separa de la base del cuello por una acanalación ancha y suave y el corto tramo conservado insinúa un cuerpo relativamente esférico. Carece, o no conserva, trazas de pintura o engobe y está fabricada en pasta 3. No es comparable a ninguna de las jarras de Frigiliana, ni es tampoco estrictamente idéntica a las de la necrópolis del Faro, en Rachgoun. Algún parecido, siempre en referencia al tramo conservado, podría encontrarse en las jarras 3 y 5 de la Cruz del Negro (Aubet 1976-1978, figs. 1, 2, 4 y 5).

Otras piezas se reducen a fragmentos que, sin embargo, permiten algunas deducciones. El borde c-7 es ligeramente saliente, con la cara superior redondeada y el tramo superior del cuello un tanto oblicuo-exvasado, sin que ello prejuzgue que se trate un verdadero cuello cónico. La pieza o-5 es la base anular de una de estas jarras, con un tramo inferior del cuerpo, que marca claramente su perfil esferoidal. Lo mismo de otros tramos de cuerpos, en sus zonas medias, analizables, como XXIV-7 y la aa-54, esta última con decoración pintada, que en el tramo conservado, en su zona de diámetro máximo, presenta una banda roja, enmarcada por líneas de pintura negra, una arriba y dos abajo. Ambas, en realidad, tienen cuerpos esféricos. Lo mismo puede decirse de la pieza VIII-4/XII-3. Esta fue intencionadamente cortada, faltándole, aproximadamente, su mitad superior. El cuerpo es también esférico, con base anular diferenciada y una decoración compuesta de líneas finas de pintura negra sobre una especie de engobe blanco. Tiene pasta distinta al resto de piezas de esta clase, color marrón anaranjado, con núcleo

gris fino y nítido y una mineralogía de esquistos, cuarzo y mica, claramente del grupo P1. En cuanto a la jarra XXIX-8, esta a sido dibujada en base a fragmentos lagunarios, sin embargo, puede señalarse, de nuevo, un cuerpo esferoidal y un borde triangular, pero poco saliente. Por el resto, pueden adscribirse a este tipo de jarra otros fragmentos de cuerpos o espaldas diversos y la pieza S-95. Esta última, con un borde relativamente saliente, pero redondeado. Pocas observaciones podrían realizarse entorno a fragmentos, seguramente de este tipo, como el asa geminada S-94.

Es sabido que el origen de estos vasos debe buscarse en tradiciones del próximo oriente, pero, según los datos actuales, fue en el otro extremo del Mediterráneo, donde éstas se reinterpretarían y donde el modelo tuvo un éxito real. Incluso se plantearon otras variables: la presunta aceptación mucho mayor de esta forma en ámbitos tartesios, que propiamente semíticos, aún sin dudar de la influencia fenicia de estas producciones. En este sentido, otros autores ya han señalado su presencia, cuantitativamente importante, en lugares como la Cruz del Negro, Carmona o Medellín, paralelamente a la escasez del tipo en las colonias fenicias de la costa andaluza. De hecho, la relevante presencia de estas jarras en lugares como el Cortijo de las Sombras (Frigiliana) y Rachgoun¹¹ fue explicada por una vinculación de estos enclaves con el área tartesia. Incluso, la aparición en diversos puntos del área costera oriental de la Península Ibérica de jarras de este tipo, donde incluso fueron imitadas en ambientes indígenas del hierro antiguo, fue vista como «una influencia debida a la proyección de la cultura tartésica hacia los pueblos indígenas del área oriental (Aranegui 1980: 102-103)».

Sin embargo, la constatación de formas similares en puntos como el Castillo de Doña Blanca, en la bahía de Cádiz¹², invitaría a sospechar que algunas de las piezas halladas en el área interior pudieran ser importaciones de vasos fabricados en la zona costera aunque es también obvia una producción indígena de recipientes de esta forma.

Cabe recordar, también, que en el nivel IV de Mogador, se localizaron una serie de jarras de este tipo, todas ellas fragmentarias —categoría A— de Jodin— y decoradas con distinta técnica —con lechadas de engobe blanco o sin este tratamiento y combinaciones de bandas horizontales de engobe o pintura roja y otras más estrechas oscuras. Los ejemplares de Mogador, reproducidos gráficamente, muestran cuerpos esféricos y cuellos seguramente carenados y verticales, aunque el material se halla publicado de manera poco explícita (Jodin 1966: 150-155, fig. 31, pl. XXXIX, XL, XLI). En el nivel inferior «casa M» de Mersa Madakh, se localizó, simplemente, un fragmento de cuello decorado, vertical y con carena (Vuillemot 1954, fig. XVII núm. 10).

El último nivel fenicio del Cerro del Villar (primer tercio del siglo —VI) proporcionó un buen número de individuos con cuellos carenados, de proyección vertical y oblicuo-exvasado, con borde triangular, relativamente saliente (Barceló *et al.* 1995, fig. 4 i, j; Curiá *et al.* 1999, fig. 129 g-l, 153 b-i, 183 b-f, 189 l-n) y, en general, con decoración policroma. Pero, en detalle, las jarras de sa Caleta son distintas por su morfología precisa e, incluso, su decoración.

En Toscanos el material es muy fragmentario, puede señalarse una pieza con perfil completo de cuerpo esferoide y cuello acilindrado con carena, pero con un borde extrmadamente saliente (Maass-Lindemann, Schubart 1984, fig. 1 núm 19, detalle que se separa totalmente de las jarras conocidas en sa Caleta).

Este tipo de jarra aparece también y de forma temprana en puntos del SE peninsular, por ejemplo, en la tumba 25, túmulo B de les Moreres (González 1983 p. 11, fot. arriba centro), con un cuerpo esférico cuello nervudo, ligeramente oblicuo exvasado por arriba y amplia decoración pintada¹³. Es una pieza no muy distinta a las del asentamiento ibicenco.

Los materiales hallados en enclaves costeros al E del estrecho de Gibraltar, incluidos los norte-africanos (Maruecos y sobre todo Argelia) y los de la fachada E peninsular, incluida sa Caleta, deben obedecer a una *componenda* de origen heterogéneo: en unos casos, productos indígenas y, en otros, productos fenicios de centros que seguramente también se situarían en las costas de Málaga, Granda y Almería, dando por sentado que no puede descartarse la presencia de alguna pieza fabricada en talleres atlánticos o del área propiamente tartesia.

Se han hecho comparaciones, en cierto punto, razonables, de materiales de la Cruz del Negro con otros de Mozia (Tusa 1972, tav. XXVII, izqda., de la tumba 3, del s. -VII). El dato podría apuntar hacia la existencia en el Me-

11. Las jarras de Rachgoun —R 5byR 5c (Vuillemot 1965, fig. 22 y 23)— aunque parecidas, observadas con detalle, de ningún modo son idénticas a las de Sevilla, ni tampoco a las dos de Frigiliana (Arribas, Wilkins 1971).

12. Por ejemplo, Ruíz, Pérez 1995, fig. 21 núms. 3-5 —de niveles del s. -VII del Castillo de D. Blanca— y lám. III —de la tumba 24 del túmulo de Las Cumbres fechada a finales del s. -VIII.

13. En este mismo cementerio del bronce final existen otras jarras de esta clase atribuidas a la producción local (González, García 1998, fig. 11).

diterráneo central fenicio de producciones morfológicas casi idénticas, admitiendo que la pieza de Mozia no es una importación occidental.

Recapitulando, las jarras con cuello estrecho de sa Caleta, en conjunto, se caracterizan por bases anulares, cuerpos esferoidales (no ovoides), y cuellos carenados, de tendencia cilíndrica, a veces relativamente anchos en relación a su altura, y bordes triangulares o redondeados, pero no muy exvasados. No son comparables con producciones fenicias tardías, de finales del siglo -VII y primera parte del -VI, como las del sector 3/4 del Cerro del Villar ni, en realidad, con otras de la zona costera andaluza central, ni atlántica, pero, la realidad es que es un material bastante desconocido, especialmente el del pleno siglo -VII. A falta de analíticas arqueométricas, estas piezas, cuya pasta es relativamente fina y con escaso desgrasante visible a ojo desnudo (óxidos férricos, micas) y aparentemente no incompatible con el sur ibérico y otras zonas, el problema queda, por ahora, sin resolver satisfactoriamente.

Jarros con el cuello cónico y carenado.— Tienen cuellos cónicos, en el sentido de ser sensiblemente más anchos en su parte inferior, estrechándose hacia arriba. Probablemente, a un vaso de este tipo pertenece el individuo XXXI-12/34. A pesar de conservarse sólo algunos fragmentos de borde y cuello, así como de la parte baja del cuerpo, parece evidente, por su trayectoria e inclinación, que el jarro tenía un cuello cónico y de perfil, al menos en su parte alta, rectilíneo. El borde es triangular y relativamente saliente. También parece seguro que el cuerpo era esférico. El borde y el cuello, hasta 2,5 cm, esta decorado con engobe rojo. Se trata de una pieza de medidas mediano-pequeñas y pasta del grupo metamórfico.

Otra pieza, e-25, con diámetro exterior en el borde de sólo 7,18 cm, corresponde a un jarro de formato pequeño. Conserva únicamente la mitad superior del cuello que es acentuadamente cónico y un tanto cóncavo. El borde es un tanto saliente, pero redondeado. Se halla recubierto por engobe rojo, probabelmente en toda su superficie externa.

El individuo XXXI-12/34, tiene precedentes en Chorreras, donde se documenta ya un ejemplar con cuello cónico) nervudo (Maass-Lindemann 1983, fig. 2 núm. 5, con un diámetro de borde de 12 cm). Del corte 1 A, estrato 4, del Morro de Mezquitilla, procede un cuello cónico, con diámetro máximo en la carena, que es muy marcada, sitúandose en el cuarto inferior de su altura. De ahí hacia arriba va estrechándose en trayectoria levemente cóncava, presenta bandas y líneas bicromas (Schubart, Niemeyer 1976, lám. VIII núm. 181).

De la primera campaña (1964) en Los Toscanos ya fueron publicados algunos elementos de comparación, generalmente muy fragmentarios, pero que demuestran la frecuente presencia de cuellos carenados estrechándose apreciablemente hacia su parte superior. Algunos de los individuos se sitúan en estratos del último cuarto del siglo -VIII (Schubart, Niemeyer, Pellicer 1969, lám. I núm. 268 -e. I/II- y 867 -e. IVb-, lám. V núm. 400 -e. II-, lám. IX nos. 705 -e. IVa- y 878 -e. IVb-).

Con bastante objetividad, aunque cabrán futuras matizaciones, Schubart y Mass-Lindemann —dentro del grupo de «cerámicas policromas»— establecen tres variantes para esta clase de jarras (grupo I) —que denominan «ánforas de cuello», sobre lo cual ya se ha hablado. En el grupo Ia entrarían cuellos cuyo diámetro mínimo se situaría en la línea de carena, en el grupo Ib los cuellos con estrechamiento entre espalda y carena y después un sucesivo estrechamiento y ensanchamiento (ambos en la línea de las «Cruz del Negro», antes tratada) y en el Ic, perfiles con el cuello en progresivo estrechamiento, desde la espalda hasta el borde (Schubart, Mass-Lindemann 1984: 71-74, fig. 1 núms. 1-14)¹⁴. Es a estos últimos que se asocia el material de sa Caleta que ahora se está comentando.

Un jarro con estas características —uno de los pocos individuos completos de su género en el extremo Occidente— es el de la tumba 6 de la necrópolis de Frigiliana. Es un vaso más bien pequeño, con cuello cónico, resaltado por un marcado nervio en su parte baja, más estrecho de arriba, borde redondeado y moderadamente exvasado, decorado con una amplia banda oscura sobre el engobe rojo, que cubre todo el cuerpo, este último muy ancho y globular (Arribas, Wilkins 1971: 225, fig. 13 núm. 6, 1, lám. VI núm. 2)¹⁵.

14. En realidad, algunos individuos —Schubart, Mass-Lindemann 1984, p. ej., núms. 4 y 8— presentan un diámetro de cuello excesivo para ser atribuidos a este tipo. Salvo una excepción, se trata de simples fragmentos. Los pocos bordes publicados son muy exvasados, más bien finos y de extremo apuntado. También es interesante el hecho que parecen existir dos tendencias. Una con bordes muy exvasados y cuello acilindrado y perfil un tanto cóncavo —núm. 1—, que, con una decoración de amplias bandas rojas y líneas negras, también se documenta el vecino cerro de Alarcón (Mass-Lindemann 1988, abb. 2a). Es un estilo bien personalizado en relación al material del sector tartésico. Más aún lo son los vasos con el cuello de perfil estrechándose por encima de la carena, que parecen bien documentados en Los Toscanos (Schubart, Mass-Lindemann 1984, fig. 1 núms. 2, 3, 6, 9, 10, 13, etc.).

15. La cronología de esta necrópolis de ha fijado, tradicionalmente, en el s. -VI, haciéndose llegar incluso hasta el -V. Es probable, sin embargo, que algunas sepulturas sean más antiguas.

Cabe recordar que otros individuos, como la jarra de Cullera (Aranegui 1981, fig. 1, lám. I.), la jarra de la tumba 12 de Frigiliana (Arribas, Wilkins 1971, p. 231-233, fig. 16, lám. VII.)¹⁶ y también alguna de las encontradas en Rachgoun (Vuillemot 1955, pl. V núm. 8, pl. IV núm. 3, pl. VI núm. 3; Vuillemot 1965, fig. 23), demuestran que vasos con dos asas, de esta familia, también llegaron a poseer cuellos cónicos y carenados.

El jarrito e-25 de sa Caleta debe incluirse, tanto por su forma, como por sus dimensiones y tratamiento de la pared externa, sin duda cubierta enteramente con engobe rojo, a lo que los investigadores de Toscanos denominan «jarros con nervio en el cuello» –perfiles con el cuello en progresivo estrechamiento, desde la espalda hasta el borde (Schubart, Mass-Lindemann 1984: 114-115, fig. 13 núms. 412-416). También el fragmento de cuerpo XLI-8 debe adscribirse a esta clase de vaso. Del horizonte Fonteta II, fechado entre -710 y -670, procede un número significativo de fragmentos de este tipo de jarros, también recubiertos con engobe rojo (González 2005, láms. III núm. 4 y IV núm. 36674).

En el *tophet* de Sulcis, seguramente con cronología de siglo -VIII, se han encontrado jarros similares, también completamente barnizados de rojo (Bartoloni 1983, fig. 7d). Cabe recordar que jarros con cuellos de este tipo se documentan en oriente, al menos desde mediados del s. -VIII, como el estrato IV de Tiro, fechado c. -760/-740, (Bikai 1978, pl. XIV núm. 8).

Los jarros de cuello cónico de sa Caleta, por su pasta y características, deben proceder del área fenicia de la costa andaluza y pueden tener una cronología antigua, dentro del siglo -VII que, en el caso del e-25, incluso, pudiera ser anterior.

Jarras de espalda carenada.– Se trata de un tipo de jarra bastante característico, que se halla representado en diversas unidades de sa Caleta por individuos fragmentarios a-3, l-6 y otros, sobre los cuales, a veces, no se percibe la presencia de engobe rojo, sin descartar que no sea debido a la mala conservación del material.

Sin embargo, una de las piezas –XXXI-35– ilustra acerca de sus rasgos globales: borde alto y fino de perfil rectilíneo y levemente oblicuo-invasado, espalda rectilínea y oblicua de mediana anchura, con una acusada inflexión angular o carena, donde se sitúa el arranque superior de las asas, cuerpo piriforme con el diámetro máximo un poco por debajo de su mitad. Por debajo, el perfil es más convexo, cerrándose paulatinamente hasta formar la base. Toda la pared externa, borde y asas incluidas, hasta el inicio del tercio inferior, se halla cubierta por engobe rojo. La altura de la jarra descrita no debió ser inferior a los 36,5 cm.

Se documenta también al menos un fragmento de tapadera, r-7, sin duda correspondiente a este tipo de jarra de espalda carenada. Su borde es fino, estrechando la anchura de la pared con una fuerte arista y tratada por el exterior con el mismo engobe rojo.

Estas jarras de sa Caleta o, cuando menos, la pieza XXXI-35, corresponde al Tipo 2 de Trayamar (Schubart, Niemeyer 1976: 212-213, lám. 12 núms. 547, 557, 48 c, 49 c-d, de la sepultura 1 y lám. 16. 606, 52 b, de la sepultura 4), donde se pudieron reconstruir dos individuos completos. Igualmente, se puede establecer una relación con la pieza de la sepultura 1 del sector E de Puente Noy (Molina, Huertas 1985: 129, fig. 81, lám. IX). Ello por lo que respecta a individuos, conservando, aproximadamente, el perfil completo. Del mismo modo, otros ejemplares hallados en la necrópolis de Rachgoun –tumbas 12, 16 y 118, según descripciones de su editor– sin duda, pertenecen a la misma clase (Vuillemot 1955: 16).

En la campaña de 1971 realizada en Los Toscanos se hallaron otros individuos fragmentarios. Éstos (Schubart, Maass-Lindemann 1984: 82-85, fig. 3 núms. 110-113) también ofrecen perfiles de bordes altos y finos en sección, de extremos redondeados. En unos casos, son verticales y, en otros, ligeramente exvasados. Normalmente, aparecen cubiertos con engobe rojo por el exterior, pero, en el yacimiento malagueño, se hallan, igualmente bien documentadas, jarras con decoración combinada de bandas rojas y rayas negras horizontales estrechas, que en unos casos se clasifican en *Black on Red* y, en otros, en «cerámica policroma». Los autores del estudio aprecian relaciones formales con el próximo oriente.

Este modelo se documenta en la costa de Marruecos y Argelia occidental. En Mogador –del nivel IV– Jodin cita un mínimo de diez individuos, con engobe rojo por el exterior, aunque algún ejemplar presenta bandas pintadas, al menos en la espalda (Jodin 1966, p. 91-93, fig. 21 d, 24 c y ¿a?, pl. XXXI). Por otra parte, R. F. Docter, que estudió después estas jarras de espalda carenada –cuya tradición morfológica oriental, con las correspondientes transformaciones, es obvia– mayoritariamente, ornamentadas con diversos estilos, propuso una clasificación, cuyos

16. Es un recipiente de cuerpo globular, base anular muy reasaltada, cuello cónico, con un escalón muy marcado en su cuarto inferior, que da lugar a una zona más ancha. Decorado con gran banda de engobe rojo que cubre buena parte del cuerpo, enmarcada por varias bandas finas oscuras y espirales del mismo color. La mitad superior del cuello también presenta una banda roja con una línea y otros trazos oscuros.

criterios, en parte, son morfológicos y, en parte, decorativos. El tipo que tiene una relación directa con el material de sa Caleta es el CdE 2B (Docter 1997)¹⁷.

Este investigador engloba en su tipo CdE 2B piezas, como las ya citadas de Trayamar, Puente Noy o Rachgoun, además de otros individuos hallados en la Poble de Tornesa. Piezas más fragmentarias —y con más dificultades técnicas de atribución precisa— son incluidas por este autor como CdE 2A o 2B. Entre otras, cita algunos especímenes de Mogador, Carmona, Cerro del Prado, Guadiaro, ciudad de Málaga (Teatro y S. Agustín) y Toscanos, de donde publica nuevos individuos inéditos, pero con cronologías poco precisas, y no más allá de un -725 y -700 *post quem*.

El material identificable con claridad, como es el caso de la pieza XXXI-35, entre otras citadas, del tipo 2 de Trayamar y CdE 2B en la clasificación de Docter, tiene un lapso cronológico impreciso en cuanto a su aparición. En cualquier caso, un fragmento —sin duda vinculable a las jarras de Trayamar y sa Caleta— aparece en el estrato IVc de la casa G de Toscanos, que se ha fechado -660/-640 (Docter 1997, fig. 166).

En cuanto a su momento final, es obvio que continuó fabricándose en los primeros decenios del siglo -VI. Aparte de la cronología tardía de las piezas de Trayamar, de Almuñecar y del estrato 1a del Cerro del Prado (Ulreich *et al.* 1990, abb. 21 núms 1-3), seguramente no muy anterior a -600, los materiales de la ciudad de Málaga (Recio 1990, fig. 26 núm. 7), y, sobre todo, del estrato II del sector 3/4 del Cerro del Villar (Barceló *et al.* 1995, fig. 4 a; Curiá *et al.* 1999, figs. 134 a, 158 a-b, 194 l), garantizan plenamente esta cuestión.

Jarras de cuello muy ancho y corto (pithoi).— En sa Caleta es un material escaso en cuanto a fragmentos con forma, si bien cabe admitir, en el caso de fragmentos de cuerpo, la elevada posibilidad de alguna indiferenciación con las ánforas T-10121. Todos los ejemplares de sa Caleta están fabricados con la típica pasta de desgrasantes medianos y gruesos metamórficos. Su adscripción a talleres del sur fenicio es, por tanto, obvia.

Existen algunos individuos (h-25, S-91, S-121) con el borde muy exvasado de cara superior e inferior más o menos convexa y cuello ancho, corto, de perfil ligeramente cóncavo y levemente oblicuo. Dos piezas —i-10, S-91— son interesantes por poseer asas de sección ovalada, pero con ancha acanalación externa. En todos los casos comprobables, un escalón bien marcado, separa el cuerpo superior de la base del cuello. Es casi imposible, debido a la fragmentación del material, hablar de otros detalles tipológicos, con la excepción que el i-10 tiene el perfil superior del cuerpo muy oblicuo y moderadamente convexo. Algunos fragmentos de cuerpo, por sus características, y su decoración de bandas pintadas (XXXI-37) son, sin duda, vasos de este tipo de gran tamaño. También a esta forma, seguramente, cabe adscribir el asa S-94, de sección acanalada.

En los talleres fenicio-occidentales los llamados *pithoi* aparecen en fechas antiguas. En Chorreras, algunos individuos fragmentarios, presentan un cuello corto, vertical y recto, escalonado en su base, con borde exvasado y grueso, ligeramente redondeado (Maass-Lindemann 1983, fig. 3 núms. 19 y 20). Pero también existen otros —quizás los más numerosos— con el cuerpo, seguramente, alargado, cuello corto, pero bastante oblicuo, separados también del borde por un escalón más o menos marcado, y bordes triangulares, muy exvasados (Gran-Aymerich 1981, fig. 26 núm. 5218; Aubet, Maass-Lindemann, Schubart 1979, fig. 8 núms. 110-113). En este sentido, muy interesante fue la obtención de un perfil completo, cuyo cuello es como los anteriormente descritos y su cuerpo, decorado con cuatro grupos de líneas estrechas oscuras, muy alargado, con el diámetro máximo bastante por debajo su punto central (Aubet, Maass-Lindemann, Schubart 1979, fig. 8 núm. 113a).

Schubart y Lindemann, en el estudio de los materiales de la campaña de 1971 en Los Toscanos, dentro del grupo de «cerámicas policromas», publican una serie de fragmentos de cuellos y bordes¹⁸ y, a la vez, proponen tres variantes distintas para estas jarras, que se integran en su grupo II.

La distinción se basa en el número de asas, y en los perfiles de cuerpo y cuello¹⁹. Por otra parte, citan prototipos —sólo *grosso modo* asimilables— en recipientes del siglo -X orientales, como en Beth Shan y Meggido.

A. González englobó esta clase de recipiente en su tipo E-13, distinguiendo distintas variantes, que admitió

17. Otros tipos propuestos por el autor son el CdE 3/A/B/C/D/E. Concretamente, las CdE 3D —que desde un punto tipológico son seguramente idénticas a las 2B— ofrecen también bordes y parte de la espalda barnizada. Cuando se trata de fragmentos de la parte superior no resulta fácil una atribución precisa. Según Docter, este tipo, en Los Toscanos, se escalonaría cronológicamente entre -725/-685 y un momento posterior a -620 (Docter 1997, tab. 37).

18. Schubart, Maass-Lindemann 1984, fig. 2 núms. 19-34. De la anterior campaña de 1964 en el mismo yacimiento ya fueron publicados otros *pithoi* fragmentarios —Schubart, Niemeyer, Pellicer 1969, p. 63, lám. VIII núm. 606— procedentes del estrato IV.

19. Schubart, Maass-Lindemann 1984: 74-78. Variante a): con cuatro asas, cuello curvo y delgado y cuerpo ovoidal = Aubet, Maass-Lindemann, Schubart 1979, fig. 8 núm. 113a, de Las Chorreras; b) Con dos o más asas, cuello vertical, cuerpo ovoide = Vuillemot R-2; c) como el b), pero con el cuerpo fuertemente curvado = Vuillemot R-3.

de difícil aplicación, ante la fragmentación de los materiales en los diversos yacimientos (González 1983: 220-224, con una amplia bibliografía; íd. 1982: 353-355).

El estrato II del sector 3/4 del Cerro del Villar, ha proporcionado también datos interesantes en cuanto a las formas que adoptan los *pythoi* en el primer tercio del siglo -VI. Uno de ellos (Barceló *et al.* 1995, fig. 4 c; Curiá *et al.* 1999) tiene el cuello moderadamente alto, levemente cóncavo y acusadamente exvasado, con borde muy saliente. El cuerpo es relativamente alargado, con el diámetro máximo centralizado y un perfil más cónico arriba y más redondeado debajo, con base no diferenciada por el exterior. Otra (Barceló *et al.* 1995, fig. 4 k; Curiá *et al.* 1999), con cuatro asas, tiene un cuello menos alargado, pero rectilíneo y muy oblicuo-exvasado y borde igualmente saliente. Sin embargo, su cuerpo es muy ancho en relación a la boca y de apariencia esferoidal. Ambas piezas se hallan decoradas en gran parte de la superficie, con numerosas bandas rojas y rayas oscuras pintadas.

Aparte de estos individuos, el mismo horizonte del Cerro del Villar ha proporcionado mucho otro material de este tipo (Curiá *et al.* 1999, figs. 109, 129-132, 141, 153-156, 172, 183, 184, 189, 190, 193). La inmensa mayoría de estas jarras de cuello ancho tienen asas de sección geminada pero, al menos, existen dos excepciones, en que las asas tienen simplemente una acanalación exterior (Curiá *et al.* 1999, figs. 130 c y 131 c). El detalle es interesante, por que lo mismo sucede con los individuos i-10 y S-91 de sa Caleta, aunque es posible la existencia de asas no geminadas en *pythoi* tan antiguos como algunos de los encontrados en Chorreras (Martín, Ramírez, Recio 2005, fig.10).

En el asentamiento del Guadiaro se documentaron algunos individuos fragmentarios, cuya inclinación parece obedecer a recipientes de cuerpo alargado, en algunos casos con cuello más bien alto, oblicuo-exvasado y ligeramente cóncavo (Schubart 1988, abb. 10 núm. 75, 13 núms. 150 y 155). En el C. de Doña Blanca, los *pythoi* se documentan desde el siglo -VIII avanzado, con recipientes de cuellos cortos y rectilíneos, en sentido entrante o exvasado y bordes triangulares. Se decoran con bandas y círculos concéntricos en algunos casos (Ruiz, Pérez 1995, fig. 21 núms. 1 y 2).

Del nivel IV de Mogador proceden también una serie de fragmentos atribuidos a vasos de esta clase. Es la categoría B de jarras, establecida por Jodin, pero la documentación gráfica que presenta es muy insuficiente²⁰. Rachgoun, gracias a la recuperación de diversos *pythoi* completos, utilizados como recipientes cinerarios en la necrópolis del Faro, desde hace tiempo, es uno de los clásicos en la bibliografía sobre esta clase de recipientes. Fueron clasificados en 1965 por G. Vuillemot (1965: 65-66, fig. 17, 2, 2b, 3, 3b y figs. 19 y 20)²¹.

En la necrópolis del cerro de las Sombras (Frigiliana), como recipientes cinerarios, aparecieron *pythoi* completos en las sepulturas 1, 3 y 13 (Arribas, Wilkins 1971, figs. 3 y 15, láms. IV, 1, V y VIII) —ésta última con un escarabeo egipcio, que se ha fechado en el siglo -VII o inicios del -VI (Padró 1976-1978). Todos ellos llevan decoración de bandas rojizas, alternadas con líneas más oscuras. Los cuerpos son más o menos abombados, su diámetro puede hallarse centralizado (tumbas 1 y 13) o un tanto desplazado a la parte alta (tumba 3). Los cuellos son muy anchos y separados del cuerpo por un escalón más o menos marcado. En todos los casos, su perfil es vertical y rectilíneo, y con el borde muy exvasado. La jarra de la tumba 1 de Las Sombras, se asemeja, por sus asas acanaladas y otros detalles, a algunos de los fragmentos de sa Caleta ya descritos, principalmente el i-10.

Del cortijo de Montañez se recuperaron hace muchos años una serie de piezas fenicias, pertenecientes a una necrópolis. Existe una jarra de esta clase (Aubet, Maass-Lindemann, Martín 1995: 225 y 226, fig. 5) entre los que han podido ser reestudiados. La pieza tiene cuatro asas, de doble cordón, con un cuello escalonado en su base, ligeramente oblicuo-exvasado y borde triangular aunque poco saliente. El cuerpo no es muy alargado, pero tiene un perfil un tanto piriforme. Por encima del diámetro máximo existen dos amplias bandas de pintura roja enmarcadas por diversos grupos de líneas negras.

Significativo es también el material de la fase II de la Peña Negra, donde se documentaron recipientes, probablemente fabricados en la costa de Málaga (González 1982, fig. 23 núms. 5412 y 5426), que se caracterizan por cuello precedido de escalón, muy tenuemente cóncavo y ligeramente exvasado o invasado, bordes salientes y cua-

20. Jodin 1966: 155-159. En rigor, aparte de fotografías —pls. XLII y XLIII 1— de fragmentos, se publica el perfil del tercio superior de un vaso —fig. 32—, con borde triangular muy exvasado y cuello vertical, levemente cóncavo y un esquema de otra pieza con el cuello similar y cuerpo de perfil bastante redondeado con el diámetro máximo centralizado y decorada con bandas estrechas.

21. Su clasificación distingue una forma con el cuerpo más alargado y con el diámetro máximo centralizado, subdividida en dos tipos uno (R-2) con el cuello corto y cilíndrico y el segundo (R-2b) con un cuello más alto y muy oblicuo-exvasado, tal vez con borde indiferenciado y decorado con grupos de líneas finas y otros motivos. La segunda forma se caracteriza por un cuello similar al R-2, pero con un cuerpo mucho menos alargado, es decir casi esferoidal con el diámetro máximo centralizado (R-3), otra variante, morfológicamente parece similar, pero se halla decorado con un motivo de retícula (R-3b).

tro asas geminadas. Cuerpos muy alargados, con Ø máximo en posición más bien baja, gran parte del cuerpo pintado con diversos grupos de bandas rojas, rayas negras o motivos en zig-zag²².

Se documentan otros vasos de esta clase en yacimientos del hierro antiguo levantino, como es el caso de St. Miquel de Lliria (Valencia) –concretamente, en la cova del Cavall (Aranegui 1981, fig. 6 núm. 2; Bonet 1995, fig. 150, núm. 376)²³–, recipiente que, por su integridad, da idea exacta de un perfil completo, de cuerpo poco alargado²⁴.

En realidad *pythoi* fragmentarios se encuentran, no sólo en todos los establecimientos fenicio-occidentales, sino en muchos lugares indígenas peninsulares, como objetos de importación. Éstos, además fueron imitados en diversos centros, como es el mencionado caso de la penya Negra. De todo ello, en la bibliografía actualmente disponible, ya ha quedado suficiente constancia.

Otros jarros.– Es interesante presentar la jarrita I-11 que, tipológicamente hablando, resulta bastante inusual. Tiene un borde no resaltado por el exterior y levemente engrosado por dentro, con cara superior convexa. El cuello es corto, marcadamente cóncavo y sin rupturas, ni resaltes, en su enlace con la espalda y con el propio borde. La espalda –relativamente oblicua y levemente convexa– tampoco sufre rupturas en su enlace con el cuerpo. Éste último presenta una zona superior alargada, casi rectilínea, ensanchándose hasta una zona situada en el quinto inferior del vaso donde la trayectoria se cierra de un modo más brusco, casi angular, hasta dar pie a la base.

El fragmento conservado permite, claramente, apreciar que era anular, aunque falta su fondo interno. A parte de su perfil general, muy poco corriente en el marco de la cerámica fenicia occidental, sus asas –que empalman sobre la espalda, son semicirculares en cuanto a perfil y están colocadas con ambos arranques sobre un plano horizontal– también son especiales.

La pieza está decorada con una banda de engobe rojo grueso sobre la parte superior y externa del borde y otra idéntica, pero más estrecha, justo debajo de las asas, todo ello sobre una especie de pátina blanquecina, sin descartar en el cuerpo–cuya epidermis se halla más deteriorada– la presencia de más decoración. Por ahora, ha sido inútil todo intento de comparación con otros hallazgos similares.

Oil bottle.– El individuo XIII-8, por su pasta, con mica-esquistos, pizarras y otros componentes, pertenece al grupo «Málaga-Granada», podría ser el único ejemplo de botella, en sa Caleta, atribuible a dicha producción, puesto que el resto parece de fabricación oriental y será estudiado después.

Dentro de esta clase de recipiente –que frecuentemente se denomina *botella*, *ampolla*, *Oil bottle* o incluso *arybalos*– con un diámetro máximo de 11,4 cm y una altura seguramente no inferior a los 14 cm, es un individuo relativamente grande.

El jarrito en cuestión tiene un cuerpo casi perfectamente esférico. El cuello es relativamente ancho en su enlace con la espalda y se estrecha hasta una especie de arista desde donde, dicho estrechamiento se acentúa aún más. La parte superior del cuello y el borde no se encontraron. El asa es grande y semi-circular, tanto en perfil como en sección. Falta también la base, aunque es muy probable que fuera de tipo anular.

Su forma recuerda, por ejemplo, una pieza encontrada en el estrato de III de Tiro (Bikai 1978, pl. V núm. 9) –c. -740/-700– aunque ello no equivalga a una asimilación morfo-cronológica automática para el individuo de sa Caleta, máxime tratándose de una versión extremo occidental. Sin embargo, por su forma, parece un vaso más bien antiguo, dentro del s. -VII.

Jarros de «boca de seta».– En sa Caleta es un material muy escaso. Existen algunos fragmentos que, a lo sumo, permiten su atribución a este peculiar tipo de jarro. Es interesante la pieza XXXI-69 que se describe por un cuello vertical, en el tramo conservado, seguramente sus dos tercios inferiores, que presenta en su parte baja un marcado nervio o arista. Por debajo de ella, el perfil se estrecha un tanto, hasta enlazar insensiblemente con la espalda, cuya trayectoria, basada también en otros fragmentos del cuerpo, evidencian un perfil esférico. El asa, esbelta y fina, de sección circular, arranca su parte inferior de la carena, apoyándose después en la parte superior de la espalda. Falta fragmentos que clarifiquen el perfil del borde y de la base. La pieza no lleva engobe pero es posible que este se haya deteriorado. Pudo medir entre 16 y 17 cm de altura.

22. Existe una producción local de esta forma, entre otras, con versiones de cuatro asas de triple cordón y cuerpo muy alargado, casi piriome y decorado en la práctica totalidad de su cuerpo con bandas rojas muy anchas, jalonadas de líneas oscuras (González 1982, fig. 23 núm. 5574; González, García 1998, fig. 20).

23. Otro *pythos* procede del Puntalet, pero por su pasta, es considerado como producto indígena (Aranegui 1981, fig. 6 núm. 1; Bonet 1995: 305, lám. VII y fig. 150 núm. 377).

24. Tiene un cuerpo proporcionado, de perfil suave, diámetro máximo aproximadamente centralizado, base ligeramente resaltada por el exterior, cuello corto y ancho, muy ligeramente cóncavo y oblicuo-entrante, separado de la espalda por un resalte poco pronunciado. El borde es marcadamente exvasado y las asas dobles en sección. Lleva bandas rojas en el cuerpo y borde.

Jarros de boca de seta con el cuerpo de perfil esférico son relativamente bien conocidos en horizontes antiguos del extremo occidente y del Mediterráneo central. Conviene insistir en el hecho que este perfil del cuerpo suele ser acompañado de cuellos acilindrados –que no suelen presentar un ensanchamiento, es decir una trayectoria marcadamente cóncavo-convexa–, sino un nervio o arista destacado, arriba y abajo del cual se perfilan trayectorias más suaves, rectilíneas o cóncavas.

El jarro XXXI-69 tiene un cuello y un asa de perfil idéntico a otro encontrado en una tumba de la necrópolis cartaginesa de Juno, fechada a finales del siglo -VIII o en los primeros años de la centuria siguiente (Chelbi 1985: 102 núm. 4; *id.* 1986: 214 núm. 3)²⁵. Sin duda, al menos en la bibliografía disponible, es la comparación morfológica más estricta que pueda realizarse, puesto que otros muchos jarros de cuerpo esferoidal ofrecen en el cuello, e incluso en el cuerpo y asas, otras variables y otras proporciones, más alejadas del jarro de sa Caleta. Éste, podría fecharse, con ciertas garantías, en el primer o segundo cuarto del siglo -VII o, incluso, antes.

PLATOS Y CUENCOS

Platos.– Los platos de sa Caleta, cuyo número global no es muy elevado, pero sí significativo, ofrecen un enmarque tipológico bastante claro. Al margen de otros fragmentos, que no permiten apreciaciones de ningún tipo, individuos como VI-13, p-26, c-9, aa-65, a-38, j-18, XV-8, XXVI-26 y XIV-5 ofrecen datos de interés.

Se caracterizan todos por un borde de franca tendencia oblicuo-elevada, puesto que solo en uno de los casos (a-38), este tiene una proyección decididamente horizontal. También es destacable que, salvo en el caso del XV-8, ninguno tiene un escalonamiento o arista en su perfil externo. Los platos de sa Caleta, considerados en perfil global, son más bien bajos y abiertos. Los extremos de los bordes, cuya anchura absoluta y relativa, se comentará después, son escasamente colgantes aunque su tramo final, a veces (VI-13, XV-8, XIV-2), acuse una significativa convexidad en el perfil. Raramente (p-26), ha sido posible contar con un perfil completo del plato, sin embargo, las bases parecen levemente remarcadas por el exterior.

En los casos que ha sido objetiva una comprobación, tienen anchuras de borde entre 4 y 7,1 cm –esta última medida es caso único– y diámetros, entre 18,9 y 29,4 cm, mientras que los valores $\varnothing m/ab$ (diámetro máximo / anchura del borde) se encuadran entre 3,8 y 4,8, superando la mayoría de ellos el valor 4,0.

Ninguno de los platos registrados en sa Caleta, aunque sea a nivel de los simples extremos de bordes, presenta acanalado. Se hallan tratados en su fondo interno, borde incluido, con engobe rojo, como es típico de estas producciones. En algunos casos (a-38, j-18, XV-8, etc.), este engobe no existe, o no se ha conservado, debido a las malas condiciones del material. Las pastas responden mayoritariamente a los rasgos de la costa andaluza, al menos desde Málaga hasta Almería.

Es bien sabido que la evolución morfológica de los platos fenicios de engobe rojo, a partir de las investigaciones de H. Schubart (1976), se ha convertido en uno de los elementos clave para la fechación de los horizontes arcaicos de los siglos -VIII/-VI en el extremo Occidente, especialmente, como muy a menudo sucede, cuando las asociaciones con materiales griegos son insuficientes o, simplemente, nulas.

El tema del progresivo aumento en la anchura de sus bordes y, a la vez, una disminución del valor numérico diámetro máximo / anchura del borde ($\varnothing m/ab$), se considera un hecho establecido. Incluso, parece que en lugares fenicios del Mediterráneo Central, como Cartago, sucede un fenómeno similar. De todos modos, se tiende demasiado a juzgar sólo a partir de criterios aislados, concretamente abstrayendo únicamente anchos absolutos de bordes, en realidad, en contra de la concepción del autor del propio sistema –quien siempre tuvo claro el valor de las proporciones– y confundiendo nociones de tamaño y tipo.

Precisamente, también tiende a obviarse el peso de lo que debe denominarse «tipo morfológico», de modo que, habitualmente, se comparan datos matemáticos sin discriminación de tipos, entendiéndose, incluso, de producciones distintas, estén, o no, directamente emparentadas. En cualquier caso, son diversos los factores que cabe tener en consideración y no sólo a la hora de establecer ajustes cronológicos finos, sino también las auténticas unidades productivas, culturalmente hablando, a nivel morfo-areal.

Con los criterios citados, el conjunto de platos de sa Caleta corresponde bien, por citar los principales ejemplos contextualizados, a gran parte del material de Toscanos IV (1964/1967), de la fase B2 del Morro de Mezquiti-lla, de las tumbas de la necrópolis del Cerro de San Cristóbal (Laurita), entre otros. Dichos horizontes se fechan durante la mayor parte del siglo -VII.

25. Igual que el jarro de Cartago, la pieza de sa Caleta tiene el asa de sección circular simple.

También es idéntico al repertorio, ya publicado, aunque selectivamente, de la fase III de La Fonteta (González 1998: 191-228, fig. 14). Dicha identidad se basa, no solo en los perfiles, también oblicuos, en el yacimiento alcantino, sino en un margen de anchos absolutos y de cocientes que se superponen con precisión al yacimiento ibicenco (Prats, Ruiz 2000, fig. 9). Fonteta-III ha sido fechada entre -670 y -635, aunque el material griego asociado (García 2000: 212-213) parece mucho más escaso que en fases anteriores, como Fonteta-II o posteriores, como Fonteta VI.

Sin embargo, considerando el aspecto, estrictamente morfológico, de los platos, un detalle, sin duda importante, en cuanto al material de La Caleta, es la ausencia total de bordes ranurados, detalle que, a partir de un momento tardío es acompañado de la presencia de formas específicas de platos.

En realidad, platos con una acanalación en el extremo exterior del borde se han documentado ya sobre piezas del siglo -VIII, de bordes muy estrechos –p. ej. en la fase B1 del Morro de Mezquitilla (Schubart 1985, fig. 6 g)–, siempre en el marco de lo excepcional, pero, en un momento dado, y en relación a los no estriados, pasan a ocupar porcentajes muy considerables. Dicho momento es el de las tumbas de Trayamar, de la sepultura 1 del sector E de Puente Noy, de algunas fosas de canal de Cádiz, de una fase determinada de Mogador y de Rachgoun, entre otros horizontes más o menos nítidos.

Del estrato IVb de Toscanos (Schubart, Niemeyer, Pellicer 1969, lám. XII núms. 888, 892, 893 y 896) se publicaron los perfiles de 11 platos cuyos, bordes oscilan entre 4,2 y 5,8 cm, con valores \emptyset m/ab 4,6-5,8. Este estrato, según consideraciones recientes, se debe fechar c. -685/-660 y registra la aparición de platos con bordes ranurados, que tendría paralelos en otros enclaves cercanos, como la fase B2 del Morro de Mezquitilla (Schubart 1985, fig. 7 k, l), pero no consta, en esta época, que su porcentaje sea elevado, ni que los tipos globales sean distintos a los de los platos de borde liso.

En la cámara sepulcral de la tumba 1E de Puente Noy –que fue utilizada para una sola inhumación– se localizaron tres platos, dos de ellos con el borde ranurado, todos ellos con anchos de borde entre 5 y 7,7, tienen, en realidad valores \emptyset m/ab de, alrededor, 4,0 (Molina, Huertas 1985: 122-143, figs. 82-95 y 99). Pero el pozo contenía en su relleno no menos de 53 individuos, utilizados en el ritual funerario. El 32,08 % de ellos con el borde estriado, mientras. Las anchuras de bordes entre oscilan entre 6,9 y 5,8 cm, y valores \emptyset m/ab entre 3,6 y 4,8.

Esta tumba resulta muy interesante porque ilustra un proceso mecánico: el difunto pudo ser acompañado por tres platos –que aparecieron completos en la cámara sepulcral– y en el proceso de enterramiento se rompieron y sepultaron ritualmente en el pozo alrededor de medio centenar de piezas de esta clase. Si se admite la hipótesis que los miembros asistentes al ritual funerario depositaban un plato, sobre cuya realidad ahora no procede pronunciarse (Docter 2000b), es verosímil pensar que dichos platos –que no necesariamente tenían por que ser adquiridos *ex profeso*, sino que podían ser de su propiedad– reflejan ante todo la «situación de uso» del momento. Ello podría significar que al lado de piezas de fabricación más próxima al momento del enterramiento, otros pudieron ser objetos más viejos. Lo mismo, evidentemente, debió ocurrir con Trayamar y otras necrópolis, donde un ritual con platos parece admitido *communis opinio*.

En Trayamar (Schubart, Niemeyer 1976: 201-204, láms. 14 núm. 568, 18 núm. 633 y 21-23 –todos los números), algunos detalles parecen significativos: en la cámara de la sepultura 4, como elemento de acompañamiento, o ajuar, se halló un plato de borde estriado de 7,7 cm y un valor \emptyset m/ab de 3,4. Tanto o más interesantes resultaron los estratos superpuestos al nivel de enterramientos, formados, en parte, con el hundimiento del techo de la cámara. En el estrato 8 se hallaron fragmentos de alrededor 400 fragmentos de platos, entre otros materiales fenicios. De ellos se publicaron los dibujos de 145 bordes conservando el extremo. Exactamente un 44 % es del tipo estriado. Las anchuras de los bordes se mueven entre los 5,3 y los 9 cm y sus relaciones \emptyset m/ab entre 3,3 y 5,1. Cabe observar, de un modo u otro, la convivencia de tipos antiguos con otros que, precisamente, incluyen los del ajuar directo, que constituyen verdaderos tipos diferenciados de platos, como el 568 de Trayamar 1, si se considera, aparte del borde ranurado el arqueamiento convexo corto del perfil inferior y lo mismo, por otros motivos, el plato de ajuar 633 de Trayamar 4.

En cuanto a Mogador y Rachgoun –excavados y publicados hace ya muchos años–, no existen referencias afinadas más allá de «siglos -VII/-VI». El excavador de Mogador mencionó un porcentaje de 3 a 1 a favor de los platos con el borde acanalado, pero editó sólo los perfiles de dos individuos, así como las medidas de diez de ellos, cinco con el borde estriado, con anchuras entre 4,9 y 8,0 cm y diámetros máximos entre 21 y 30,2 cm, que proporcionan relaciones \emptyset m/ab entre 38 y 43 y otros cinco con borde de extremo liso. Las medidas de estos últimos oscilan entre 13,8 y 25,6 cm, los diámetros máximos, entre 3,2 y 7,1 cm, las anchuras de borde y relaciones \emptyset m/ab entre 36 y 48. Independientemente de tratarse de un conjunto de materiales sin un orden de secuencia determinado, los platos publicados y/o cuantificados son demasiado escasos en relación al conjunto registrado (Jodin 1966:

77-84, fig. 15). Una revisión más reciente de estos platos (López, Habibi 2001: 55, fig. 1) confirma *grosso modo* estas apreciaciones, con 144 fragmentos de borde liso y 230 de borde acanalado. De los diversos perfiles que publican, dejando de lado individuos muy pequeños, los de borde liso tienen cocientes entre 3,7 y 5,0 (aunque mencionan un ejemplar de 24 cm y borde de 7, que tendría un cociente de sólo 3,4), mientras que los de borde acanalado se mueven entre 3,5 y 4,0. Estos últimos, sobre todo, presentan morfologías tardías y cocientes que aún no existen entre el material de sa Caleta.

La publicación de Rachgoun, donde se pone de manifiesto la presencia de platos de borde, tanto liso, como estriado (Vuillemot 1965, p. 68 fig. 18– tipos 7 y 7a, de borde liso y 7b, de borde acanalado), tampoco ofrece otros datos que puedan arrojar alguna nueva precisión.

Las incineraciones de Cádiz –fosas con canal central– se vienen fechando en siglo -VI. Se conocen cuatro platos conservando el perfil completo, procedentes de las tumbas 87/ 9, 12 y 13 de la c. Tolosa Latour (Perdigones, Muñoz, Pisano 1990, fig. 32 núm. 4, 33 núms. 1 y 2 y 6). En todos los casos, su borde es estriado con anchuras entre 5,1 y 5,9 cm, diámetros máximos entre 17 y 24 cm, y cocientes Øm/ab entre 33 y 37.

La publicación exhaustiva del horizonte final, alfarero, del sector 3/4 del Cerro del Villar (estrato II), que se fecha entre c. -600 y -580/-560, ha proporcionado datos del todo interesantes para el estudio de los platos (Curiá *et al.* 1999: 160-163, figs. 102, 113, 125, 141, 146, 170, 181, 189, 192) como, por ejemplo, la perduración de modelos con borde liso y cocientes Øm/ab entre 4,2 y 4,8. Sin embargo, aquí aparecen entremezclados con muchos otros platos de morfometría distinta y mucho más tardía, como corresponde al momento. Por otro lado, en los primeros cabe observar la frecuencia de aristas externas y de bordes de tendencia horizontal o, incluso oblicuo-rebajada. Los platos de sa Caleta, por tanto, corresponden a una *facies* que cabe considerar anterior.

Ni en Puente Noy, ni en Trayamar, el resto de cerámicas, fuera de los platos tiene *per se* una cronología establecida que apoye su fechación. En este punto, conviene no perder de vista que uno de los grandes problemas –por falta de puntos de anclaje sólidamente establecidos– es el de la cronología absoluta de los citados horizontes, fuera de los márgenes consabidos de siglo -VII, hasta un momento indeterminado del siglo -VI.

A parte de las comparaciones, hechas al principio, del conjunto de platos de sa Caleta con Fonteta III y Toscanos IV, cabe decir que este es claramente anterior a las secuencias tardías (Trayamar, Puente Noy 1E, Cerro del Villar 3/4, estrato II, fases finales de Mogador y Rachgoun, Cádiz, etc.) y se propone una fecha entre c. -675 y -625.

Cuencos de perfil carenado con borde engrosado al exterior.– A parte de otros individuos más fragmentarios, los a-44, db-4 y l-7 ofrecen perfiles más o menos íntegros. Se caracterizan por su borde saliente, de perfil triangular, con el ápice ligeramente redondeado, perfil superior oblicuo-exvasado y rectilíneo o levemente cóncavo, separado del inferior, también muy oblicuo y moderadamente convexo, por una arista viva, que forma un ángulo en el perfil. Pie de anchura variable y escasa altura exterior, levemente rehundido. Engobe rojo en toda la superficie interna y en la parte alta externa, exactamente hasta la carena. En sa Caleta los diámetros máximos de estos cuencos oscilan entre 18,2 y 19,4 cm.

Se trata de un modelo de mesa muy característico del mundo fenicio del extremo Occidente, clasificado por Rufete (1988-1989) en su estudio del material de engobe rojo de Huelva en su tipo C.3a. Piezas muy parecidas, prácticamente similares, a las de sa Caleta –que Schubart y Mass-Lindemann clasifican en su grupo VI2 (*cuencos carenados con borde engrosado al exterior*)– se documentan en Toscanos, al menos, desde el estrato 2/1971 –Concretamente, de la habitación c de la casa H (Schubart, Maass-Lindemann 1984, fig. 5 núms. 151, 152, 152 a)– que cabe fechar a finales del siglo -VIII o inicios del siguiente. En este establecimiento es un modelo abundante, aparte de los individuos antiguos antes mencionados, que parece discurrir por todos sus estratos, presumiblemente, hasta el final del asentamiento fenicio.

También del Morro de Mezquitilla y, más concretamente, de un hallazgo cerrado sobre el suelo de una habitación del «complejo constructivo K», fechado aún en el siglo -VIII, proceden dos cuencos (17 y 18,6 de Øm.) de estas características (Schubart 1985, fig. 5 b, d.).

En Chorreras, algunos ejemplares tienen notables rasgos de similitud –pero no de identidad, por lo que resalta un borde más exvasado y un diámetro máximo algo inferior – con el tipo que se está comentando (Aubert, Maass-Lindemann, Schubart 1979, fig. 6 núms. 62, 63, 66). Otros (p. ej., Maass-Lindemann 1983, fig. 6 núm. 65), en cambio, sí podrían considerarse idénticos o, como mínimo, sumamente parecidos²⁶.

En el Castillo de Doña Blanca existen modelos similares, pero con algunas diferencias –carena más alta, per-

26. Gran-Aymerich, por su parte, publica algún espécimen parecido, pero sin precisar su diámetro (Gran-Aymerich 1981, fig. 31 núm. 504). El aspecto métrico es importante, por que los *timiatberia* tienen cazoletas de perfil muy parecido.

fil superior más o menos cóncavo— en niveles del siglo -VIII (Ruíz, Pérez 1995, fig. 17 núms. 3 y 4). Otros especímenes del siglo -VII, de este yacimiento (Ruíz, Pérez 1995, fig. 20 núm. 3), se emparentan, aún de modo más estrecho, con las piezas de sa Caleta.

En los asentamientos fenicio-occidentales africanos es un tipo, igualmente, bien conocido. En el estrato IV de Mogador se localizaron veintinueve individuos fragmentarios, con diámetros entre los 12 y 21 cm. Los ejemplares publicados gráficamente son idénticos a los de sa Caleta (Jodin 1966, fig. 17 c, pl. XXIII y XXV b) y a estos, recientemente, se han añadido nuevos dibujos (López, Habibi 2001, fig. 2 núms. 73, 115 y 123).

Se documenta también en Lixus, en los niveles profundos del edificio A y en el relleno de una cisterna al W del templo F (Ponsich 1981, fig. 6 —algunos individuos representados en la hilera inferior— y figs. 18 y 19).

Es obvio, por otro lado, que este tipo tiene su momento álgido durante todo el siglo -VII, aunque sin duda su producción se inicia en la centuria anterior y, en cuanto al extremo final de su producción en Occidente, hay que referirse, necesariamente, al relleno 8 de la tumba 4 de la necrópolis de Trayamar, ya mencionado a propósito de los platos (Schubart, Niemeyer 1976: 205, lám. 20 núms. 1047-1051) y sobre el cual se recuerdan las consideraciones cronológicas hechas antes. Del Cerro del Prado algunos individuos se ubican en los estratos 1a, 1b, 2b y 2c (Ulreich *et al.* 1990, abb. 17 núms. 1, 2, 6, 7 y 9), por tanto en horizontes de siglo -VII avanzado y primeros del siguiente.

También el horizonte final del cerro del Villar —del primer tercio del siglo -VI— ofrece significativos elementos de juicio, con algunas distinciones morfológicas, por ejemplo los de tramo superior vertical (tipo B2), que no existen en sa Caleta y los de tramo superior oblicuo-exvasado (B-1) que se corresponderían, *grosso modo* al que se está comentando aunque, tal vez, sólo como derivación (Barceló *et al.* 1995, fig. 6 i; Curiá *et al.* 1999: 164, figs. 103, 147 c-d, 172 a, 181 ñ, 189 j).

En todo caso, las páteras-cuenco de sa Caleta atribuidas a este tipo parecen tener una cronología similar a la de los platos con engobe rojo.

Cuencos de perfil carenado con borde triangular muy exvasado.— A parte de posibles fragmentos inidentificables, la pieza dn-6 conserva todo el perfil que, de otro lado, garantiza que no se trata de un *timiatherion*, sino de un pequeño cuenco, con las características siguientes: en general, se trata de una pieza baja y muy abierta, con base de poca altura, de perfil ligeramente cóncavo, fondo inferior muy rectilíneo, levemente oblicuo, arista angular, muy marcada que da paso a otro tramo de perfil muy oblicuo-exvasado, recto por fuera y levemente sinuoso por el interior, culminado por un borde triangular muy alargado y exvasado, un tanto descendente. Todo el interior y el exterior, hasta la carena, están decorados con engobe rojo-mate, desgastado. Tiene un diámetro máximo de 14,2 cm.

Esta pieza, a todos los niveles, incluidas las dimensiones, tiene paralelos estrictos en Las Chorreras (Aubet, Maass-Lindemann, Schubart 1975, abb. 6 núms. 64 y 68; Maass-Lindemann 1983, abb. 6 núm. 63). Otros materiales, como algunas piezas de niveles antiguos de los Toscanos (p. ej., Schubart, Maass-Lindemann 1984, fig. 5 núm. 160, del estrato 2/1971 de la habitación C de la casa H) no son estrictamente iguales.

Cuencos profundos de perfil oblicuo-cóncavo y borde liso.— Es interesante la pieza XXXV-18, aunque se halla reducida a su tramo superior, concretamente a un fragmento de borde, levemente engrosado, en relación al escaso tramo de pared que conserva. Este borde es muy oblicuo-exvasado y de ápice redondeado. Tiene el interior cubierto de engobe rojo, lo mismo que la parte externa del borde, dejando el resto (conservado) en reserva. Diámetro máximo alrededor de 20,3 cm. Se trata una forma única en sa Caleta. Por otra parte, su pasta con presencia de esquistos y pizarras (grupo P1) garantiza que se trata de un vaso fenicio-occidental. No ha resultado sencillo establecer paralelos para esta pieza. Parece casi seguro, por la disposición del engobe rojo, en la pared interna del vaso, que se trata de un cuenco, seguramente, profundo. En realidad, se parece a los «vasos» tipo V.1 de Rufete (1988-1989: 21-22, fig. 2, cuadros 1 y 2), representados según esta autora en el Tartésico Medio II del Cabezo de San Pedro (c. -750/-650) y un individuo completo de La Joya. También, de los niveles del siglo -VIII de Lixus se han dado a conocer cuencos con un fuerte parentesco, con la única objeción que no se trata nunca de perfiles completos (p. ej., Belén *et al.* 2001, figs. 9 núms. 416 y 420, 11 núm. 524, 12 núms. 541, 545, 540 y 549), aunque, algún individuo, muestra claramente la presencia de una carena baja. Por tanto, el cuenco con engobe rojo XXXV-18 de sa Caleta podría ser una pieza relativamente antigua, de la primera mitad del siglo -VII o, incluso, anterior.

Cuencos abiertos de perfil convexo y borde no diferenciado por el exterior.— En el asentamiento ibicenco no constituye una morfología muy abundante, aunque existen, tanto individuos en pasta normal oxidante -XXI-6, h-27—, como fabricados en pasta gris -k-11, XXXVIII-7.

Morfológicamente, todos ellos se encuentran estrechamente emparentados —perfil convexo, borde apenas engrosado—, pero existen algunas variantes que, prácticamente, adquieren el valor de tipos. En conjunto, entran en los tipos C.4a-b de P. Rufete (1988-1989).

Son cuencos –o platos-cuenca– muy abiertos, de perfil, sobre todo, convexo –XXXVIII-7, XXI-6, h-27– pero en algún caso –k-11– de trayectoria levemente cóncavo-convexa. Por lo general, sus diámetros son considerables, alrededor de los 27-29 cm, aunque existe algún formato inferior –h-27.

La parte superior del perfil de estos cuencos sufre una moderada inflexión de curva, pero el borde apenas si significa un leve engrosamiento de la pared, generalmente, por el interior. Una de estas piezas –h-27– tiene el borde, completamente indiferenciado de la pared –cuyo perfil es convexo sin ningún tipo de inflexión–, excepto en el sentido de un estrechamiento, de perfil redondeado.

Otro cuenco es el XXXI-41, conserva la parte del borde levemente convexo y simplemente redondeado, sin engrosamiento de la pared. Presenta barniz tanto en el interior como en el exterior y su diámetro máximo se estima, aproximadamente, en 22,9 cm.

Existe aún otro cuenco interesante parecido a la pieza anterior que, igualmente, sólo conserva el borde. Es más pequeño –11,4 cm de diámetro máximo– y de paredes más finas –aa-67– tiene engobe rojo, tanto en el interior, como en exterior y se emparenta también con especímenes del C. de Doña Blanca, algunos decorados y fechados en el siglo -VII (Ruíz, Pérez 1995, fig. 20 núms. 9-10).

En el asentamiento de Los Toscanos, modelos como el XXXVIII-7 o el XXI-6, han sido clasificados por Schubart y Lindemann en su grupo VII3 –«de borde no diferenciado»– (Schubart, Maass-Lindemann 1984: 96, fig. 7 núms. 211, 213 y 315 –pasta gris– núm. 214 –pasta oxidante). Por su parte, A. González estableció también una tipología –en este caso más compleja– valorando por separado las variables de bordes, perfiles y bases (González 1983: 157-158). En este caso, el cuenco cóncavo-convexo, con borde no engrosado y base ligeramente destacada por el exterior k-11 correspondería a su tipo B4 B2c y los XXXIII-7 y XXI-6 al tipo B4 C3. Uno de los ejemplares de Toscanos, parecido al XXXVIII-7, procede del estrato 4b del corte 15, por tanto de pleno siglo -VII.

En Chorreras existen cuencos convexos muy abiertos de borde no engrosado y poco flexionado (Maass-Lindemann 1983, fig. 7 núms. 74-76). Lo mismo ocurre en el asentamiento del río Guadiaro (ejemplar de pasta gris, abierto con el borde no engrosado ni flexionado, del estrato 3 del corte 3 – Schubart 1988, abb. 13 núm. 167).

En cuanto al origen de la forma, seguramente es lícito atribuirle a una tradición oriental, traída por los colonos fenicios. Cuencos de perfil abierto y convexo y borde redondeado –una de las «constantes» morfológicas en las cerámicas de casi todos los tiempos– se documentan en el Castillo de Doña Blanca desde el s. -VIII, por ejemplo, una pieza decorada con una banda de barniz rojo perfilada por líneas negras (Ruíz, Pérez 1995, fig. 18 núm. 1), con paralelos bastante estrechos en el estrato IV, V-VII, etc. de Tiro (Bikai 1978, pl. XVIIA núms. 40-42, pl. XVIII núm. 4).

En realidad, son formas que perduran hasta el siglo -VI y, aún incluso, después, en general con formatos más pequeños y generalmente menos abiertos, tanto en pasta oxidante como reductora.

Cuencos abiertos con el borde oblicuo-exvasado.– El modelo puede definirse como un plato-cuenca, muy abierto y de considerable diámetro máximo (c. 28 cm). Aproximadamente a la altura del inicio de su tercio superior presenta una arista a partir de la cual se define una zona de borde, oblicua y cóncava por el exterior, sin engrosamiento de la pared. Parte inferior del perfil levemente convexa y pie difícilmente definible por fragmentación de los individuos considerados.

Se halla bien representado, dentro de lo relativo, entre el material morfológicamente identificable de sa Caleta –h-26, aa-69, XXVIII-4, dl-3 –, fabricado siempre en pasta gris, con minerales pizarrosos y otros metamórficos, que indican claramente su procedencia sud-ibérica.

Corresponde, aproximadamente, al tipo VI4b de Los Toscanos (Schubart, Maass-Lindemann 1984: 93, fig. 6 núms. 175-177), donde en realidad no parece abundante. En la clasificación de formas que A. González estableció para la Peña Negra²⁷, los individuos SC/h-26, aa-69 y otros, tanto podrían entrar en su tipo B1 –que considera inspirado en modelos indígenas: «cazuelas de carena alta» hechos a mano de la época PN-I, como en el B5 1 –«cuencos de borde levantado».

Es una forma que se documenta en niveles del s. -VII, e incluso del -VI, del Castillo de Doña Blanca (Ruíz, Pérez 1995, fig. 22 núms. 4-5, fig. 23 núm. 10) y que aparece en multitud de yacimientos, tanto fenicios, como indígenas.

Se trata de un tipo de fabricación fenicia, dejando de lado su posible derivación de formas indígenas del bronce final del S y SE ibérico. Su cronología y evolución morfológica no se halla del todo bien establecida. Independientemente de la existencia de modelos semejantes en PN-II, como antes se ha dicho, también se encuentra

27. (González 1983: 159 y 185, fig. 33). El tipo B1 carece de base diferenciada por el exterior, al contrario que el tipo B51, y tiene una zona de borde más alargada.

alguna forma emparentada –pero con el borde más corto y redondeado que el de sa Caleta– en el último horizonte del enclave fenicio del Cerro del Villar, donde son clasificados como platos del grupo C (Barceló *et al.* 1995, fig. 6 ñ; Curiá *et al.* 1999: 160-161, fig. 102). En todo caso, su presencia en el estrato IVb de Toscanos garantiza su aparición, como mínimo, a finales del primer cuarto, o inicios del siguiente, del siglo –VII.

Cuencos convexos de borde acanalado.– Para cerrar este apartado sobre cuencos y, en general, cerámica de mesa, puede citarse una pieza –aa-68– de morfología diferente. Se trata de un cuenco del cual sólo se conserva el borde. Éste se caracteriza por una doble convexidad superpuesta, desconociéndose el resto del perfil del cuerpo. Su diámetro es considerable –c. 25 cm– y se halla tratado con engobe rojo por el interior y la parte externa conservada.

Responde a una forma que podría estar emparentada, aunque tal vez no sea del todo similar, con algunos cuencos de perfil convexo con acanaladuras en la cara externa de la zona del borde, atestiguados en Los Toscanos –donde sus editores los califican de «fuentes con paredes de tendencia vertical» en su grupo VIII 2b (Schubart, Maass-Lindemann 1984: 102-103, fig. 9 núms. 249 y 950) y buscan prototipos en Meggido y Azor– y el Castillo de Dña. Blanca (Ruíz, Pérez 1995, fig. 17 núm. 8 y 20 núm. 8), donde se documenta, tanto en horizontes del siglo –VIII, como del –VII o, incluso Mogador (López, Habibi 2001, fig. 5 núms. 210-211), entre otros yacimientos occidentales.

P. Rufete, en un estudio sobre la cerámica de engobe rojo de Huelva, clasificó cuencos, que resultan muy paralelizables con el de sa Caleta, en su tipo C1a, en base a individuos del cabezo de San Pedro y la c. del Puerto, núm. 6, que fecha en la primera mitad del siglo –VII. Por otro lado, esta autora señala su escasez en los asentamientos malagueños –donde aparecerían sin barnizar– y su presencia en puntos tartésicos –El Carambolo y Carmona– dato que le lleva a vincularlos con poblados indígenas; por otro lado, señala que los de borde más vertical son más antiguos que otros similares, pero con el borde más oblicuo-invasado (Rufete 1989: 379 y 386, figs. 3 y 7 núms. 6 y 7).

Morteros tripodes.– En sa Caleta existen piezas de esta categoría, muy característica en las producciones fenicias del extremo occidente. Esta, sin duda, fue la utilidad funcional de estas piezas, triturar elementos, que debieron ser básicamente alimentarios. En realidad, es un denominativo –*mortier tripode*– que muy justamente ya utilizó G. Vuilleumot estudiando el material de Rachgoun, al tiempo que advertía contra la suposición de Jodin (Jodin 1957: 23) acerca de su función de soporte para ánforas de transporte. Otros investigadores, como A. González (González 1983: 200-204), igualmente los consideraron morteros, en base a las estrías concéntricas que presentan algunos ejemplares de la Peña Negra y señalando su transición hacia formas ibéricas con base plana y elementos incrustados. Es posible, como han sugerido otros autores, que también llegaran a ser utilizados para el procesamiento de materiales de otra naturaleza, p. ej., cosméticos, o especias para el vino (Vives-Ferrándiz 2005a: 204; id. b: 71), pero debe ser considerado en el marco de lo secundario, dicho en otras palabras, en usos extendidos, de piezas básicamente asociadas a la producción culinaria doméstica.

Morfológicamente, en sa Caleta pueden distinguirse dos tipos. El primero se caracteriza por un borde con la cara superior horizontal y rectilínea –XXXV-19– o levemente convexa –r-3– y, sobre todo, marcada por una acanalación²⁸. La cara externa no es sino un ligero reborde ligeramente saliente, por debajo del cual, el cuerpo adquiere una trayectoria convexa y un tanto vertical u oblicua, que enlaza insensiblemente con el fondo. Los pies –en forma de pirámide invertida– en el único caso verificable, se hallan más cerca del borde que en el modelo que se comentará después. Los diámetros máximos comprobables oscilan entre los 24-25 cm.

En los horizontes fenicio-occidentales antiguos –de la segunda mitad del s. –VIII y, tal vez, de los primeros decenios del –VII–, existe un tipo de mortero trípode caracterizado por un perfil muy convexo y liso, con excepción de una acanalación externa bien marcada a diferente altura, que parece definir una transición entre lo que podría denominarse borde y la parte superior externa del cuerpo. Son cuencos gruesos, bastante convexos y altos. Los tres pies, normalmente, están acoplados sobre la parte extrema del recipiente, en la misma línea del borde. Se halla documentado en Las Chorreras (Gran-Aymerich 1981, fig. 20 7884, 1190 y 2864 –éste último con borde de sección sub-triangular, con una acanalación en su extremo, podría considerarse un tipo de transición –Aubert, Maass-Lindemann, Schubart 1979, fig. 10 núm. 142; Maass-Lindemann 1980, fig. 9 núms. 96-98–), El Morro de Mezquitilla (Schubart 1977, fig. 11c), el asentamiento del río Guadiaro, con tres individuos del estrato 1, corte 2 (Schubart 1988, abb. 11 núms. 122-124), en niveles del siglo –VIII del C. de Doña Blanca (Ruíz, Pérez 1995, fig. 18 núm. 6) y en el relleno de una cisterna cercana al templo E de Lixus (Ponsich 1981, pl. XXV parte inferior lámina), que a pesar de contener materiales de épocas muy diversas, también contiene un notable repertorio cerámico del s. –VIII.

Existe otro tipo de mortero-trípode, morfológicamente muy emparentado y, sin duda, heredero del anterior. Éste dibuja un borde con la cara superior ancha, levemente convexa y medianamente oblicua, pero por debajo, en-

28. Un individuo hallado en la superficie del asentamiento de sa Caleta fue publicado hace años (Ramon 1981, fig. 13 núm. 2).

laza directamente con el perfil del cuerpo, que es moderadamente convexo y muy abierto. Los pies, igualmente, enlazan en la misma línea del borde. De este tipo se han hallado diversos individuos, pero en contextos cronológicos menos claros. Uno de ellos en el Bajo de la Campana (Cabo de Palos) (Mas 1985: 156, fig. 3 núm. 4), supuestamente en un barco que difícilmente se hundió antes del -625/-600 (Ramon 1995: 56-57).

Otro en el área alfarera del sector 3/4 del Cerro del Villar, fechado en el primer tercio del s. -VI (Barceló *et al.* 1995, fig. 5 h; Curiá *et al.* 1999, fig. 195a) y otro procedente del área AB/4 de la penya Negra (González 1982: 379, fig. 33 núm. 6075; *id.* 1983, tabla tipológica, C1a –borde triangular) –PN-I–, con otros materiales fenicios antiguos, como ánforas T-10111. Este último –clasificado por A. González como tipo C1b (González 1983, tabla)– Parece certificar la existencia del modelo, al menos ya en el primer cuarto o tercio del s. -VII.

Bibliográficamente, morteros como los XXXV-19 y r-3 de sa Caleta, se hallan escasa, por no decir nulumamente documentados. Un individuo reducido al borde del sector 3/4 del Cerro del Villar (Curiá *et al.* 1999, fig. 117q) recuerda un tanto, si bien tampoco es estrictamente idéntico.

Morfológicamente hablando, podrían ser derivación de los del tipo Chorreras o Guadiaro, antes comentados, a través de otros tipos poco conocidos. La estructura de su borde, su acanalación en la cara superior, el perfil del cuerpo y la posición de los pies apuntan en este sentido. En cuanto a su cronología, la realidad, es que no hay datos fiables y podría proponerse, visto el contexto cronológico de sa Caleta, *grosso modo* el siglo -VII.

El segundo tipo de mortero trípode –i-13, cf-1, S-98, S-99, S-100, S-101, S-120²⁹– es más frecuente que el anterior en sa Caleta, con una proporción superior de tres a uno. Se caracteriza por un borde de sección triangular, con la cara externa bastante inclinada y relativamente oblicua de perfil más o menos convexo. La cara inferior en zona del borde dibuja una zona cóncava, más o menos pronunciada, según los casos, aunque nunca de modo exagerado, sólo en un caso existe una pequeña separación en cuña (S-100). El perfil inferior es convexo, de profundidad variable y paredes obviamente gruesas. Algunas piezas de este tipo tienen diámetros máximos considerables, que globalmente oscilan entre 23 y 29 cm. En todos los casos, las pastas son oxidantes, a veces con núcleo gris y mineralogía metamórfica (pizarras, esquistos, etc.).

Procedente de Carmona (Entremalo) (Bonsor 1899: 313, fig. 116.) fue publicado a finales del siglo pasado un ejemplar y después, ya en los años cincuenta otro, procedente de la Cruz del Negro (Monteagudo 1953-1954, figs. 7-9 núm. 10). En esta misma década se publicaron otras piezas de este tipo procedentes de Mogador (Cintas 1954: 52, 124, fig. 54; Jodin 1957: 23), Mersa Madakh (Vuillemot 1954, fig. XXVI a la derecha, hallado en superficie) y después en Rachgoun (Vuillemot 1965: 110-111, fig. 18, procedente de la necrópolis y R-14 y R-14 b, de la «Insula III»).

En el nivel IV de Mogador A. Jodin, en su momento, localizó un mínimo de veinticinco individuos. Todos ellos de borde triangular y diámetros máximos entre 23 y 26 cm. y, excepcionalmente, hasta 30 cm. (Jodin 1966: 132-141, figs. 27 y 28, pls. XXXIV y XXXV).

De las dos primeras campañas en Los Toscanos –1964 y 1967–, se dieron a conocer unos pocos de los perfiles hallados. Uno, de borde triangular, fue encontrado en estratos posteriores a la construcción del edificio (Schubart, Niemeyer, Pellicer 1969: 141-142, fig. 7 a y b; Schubart, Niemeyer 1969, fig. 5 b, del estrato IV del corte 1, y fig. 10 d, del estrato superficial). De la campaña de 1971 se publicaron otros individuos (Schubart, Maass-Lindemann 1984: 133-135, fig. 19 núms. 783-791), la mayor parte de los cuales, de borde triangular, son similares a los de sa Caleta, pero sólo en dos casos tienen contexto asignado (Schubart, Maass-Lindemann 1984, fig. 19 núms. 785 y 786), respectivamente en los estratos 7a y 7b, ambos posteriores al uso del almacén C, entorno al último cuarto del siglo -VII o hacia el -600. También del nivel 2 del sondeo realizado en el puerto de Toscanos (corte 44 / 1984) en la vega de Manganeto (Arteaga, Schulz 1997: 116-117, fig. 12 f-h), fechado *grosso modo* en la segunda mitad del -VII, proceden diversos fragmentos de trípodes de borde triangular.

A finales de esta centuria e inicios de la siguiente se sitúan otras piezas similares del estrato 2a del Cerro del Prado (Ulreich *et al.* 1990, abb. 22, 2). En el Castillo de Doña Blanca, morteros con este tipo de borde, sin otras aclaraciones, son fechados en el siglo -VII (Ruíz, Pérez 1995, fig. 21 núm. 6). Del mismo modo, están bien documentados en la fase 2 del Cerro de Montecristo (Adra), fechada genéricamente en el siglo -VII (Suárez *et al.* 1989, figs. 8 u-v, 9 t).

Más recientemente, se han publicado nuevos individuos, también de borde triangular, del Cerro Alarcón y la alfarería de La Pancha (Martín *et al.* 2006, figs. 6 y 13). En el primer caso, parecen enmarcarse en un contexto de siglo -VII y, en el último, de segunda mitad de este siglo y primeros decenios del -VI.

29. Algunos de superficie fueron publicados hace años (Ramon 1981, fig. 13 núms. 5-6).

Trípodes de este modelo son también conocidos en diversos yacimientos situados, tanto en la Andalucía interior, como Huelva (Blanco, Luzón, Ruíz 1969, fig. 12 dcha.), Colina de los Quemados (íd., fig. 12 izqda.) y Río Tinto (íd., fig. 13, 14 y 14 bis). Y lo mismo a lo largo de la costa SE y E ibérica, por ejemplo, Castellar de Librilla (Ros 1989: 264), Los Saladares (Arteaga, Serna 1975, fig. 4, 1), la Peña Negra (González 1982, fig. 18 núms. 5001 y 5415), Vinarragell (Mesado 1974, fig. 82, lám. XXV), el Castellet (Gusi, Sanmartí 1976-1978, fig. 9), el Puig de la Nao (Gusi, Sanmartí 1976-1978, fig. 8, 2; Oliver, Gusi 1995, fig. 39 núm. 1 –del recinto 28), el Palau, la Vallterra (Aranegui 1981: 55), la moleta del Remei (Gracia, Munilla 1993, fig. 5), Mas d'en Serrà (Gracia, Munilla 1993: 226), bahía de Ibiza (Ramon 1994, fig. 12 núm. 5).

En cuanto a la cronología de los trípodes de borde triangular, cabe indicar que aún aparece en el nivel alfarero del primer tercio del s. -VI del Cerro del Villar (Barceló *et al.* 1995, fig. 5 f, i; Curiá *et al.* 1999: 184-185, fig. 112, 138, 167, 177, 178, 188), de modo que su existencia a lo largo del primer cuarto de esta centuria parece garantizada, tal y como hacían entrever lugares, por ejemplo, Mogador. Sin embargo, no está tan claro cuando aparece y se generaliza este tipo vascular. Parece evidente que en horizontes antiguos, de la *facies* Chorreras, u otros contemporáneos, no existe.

Tampoco se puede contar, realmente, con niveles representativos de la primera mitad o dos primeros tercios del s. -VII que informen a ciencia cierta de su eventual aparición en este momento, vista, entre otras cosas, la poca definición de la estratigrafía de Toscanos al respecto. Sin embargo, parece clara es su generalización a partir de un momento impreciso de la segunda mitad del siglo -VII, con independencia de su evidente perduración, en ciertos ámbitos, hasta los primeros decenios del siglo posterior.

Otros cuencos.— La pieza S-102 pertenece, seguramente, a un cuenco de procesamiento de formato mediano-grando, de cuerpo inferior oblicuo y convexo y base plana, no indicada al exterior. Lo mismo, en cuanto a la S-97, que conserva un borde, de cara superior recta y horizontal, con extremo un tanto saliente y redondeado. Por debajo, un tramo casi recto y vertical que da paso a una fuerte inflexión de curva, cerrando hacia la base que no se conserva. Ambas piezas son de pasta con mineralogía mediano-gruesa metamórfica.

LUCERNAS

Sin ser una categoría cerámica excesivamente abundante, las lucernas, en distinto grado de fragmentación, frecuentan las unidades de sa Caleta.

En un sólo caso -XVIII-6- se ha podido precisar que se trataba de un candil de un sólo pico, con fondo externo convexo, sin ningún género de base diferenciada. Sus medidas son: Ø máximo 13,3 y ab. 1,4 cm. Otro individuo a torno seguramente de un solo mechero es el m-5.

En otros casos, más numerosos -p. ej., XVIII-5 y XX-29, entre otros- es seguro que las lucernas de sa Caleta eran de doble mechero. Existen también fragmentos de bordes y cazoletas difícilmente encuadrables en ninguna de las dos categorías.

En el caso de las lucernas de doble mechero, también los fondos externos son aplanados o levemente convexos. Las lucernas de sa Caleta de doble mechero, en los casos verificables, que no son muchos, tienen diámetros de 14,5 a 13,3 cm y anchuras de bordes 1,4-1,8 cm.

En sa Caleta no existe ninguna evidencia de pies diferenciados y planos, que se registran en lucernas de un sólo pico y que en el extremo occidente se conocen en horizontes muy antiguos como el Castillo de Doña Blanca (Ruíz, Pérez 1995, fig. 18 núm. 5), de plena tradición oriental, dentro del siglo -VIII.

Lucernas de un solo mechero, y fondo convexo, existen en Las Chorreras (Aubert 1974, fig. 8; Gran Aymenrich 1981, fig. 19 núm. 5220), mientras que se ha podido precisar su existencia en los niveles inferiores de los Toscanos (Schubart, Niemeyer, Pellicer, 1969: 127, lám. XVIII núm. 1295 -corte 2- 179, 38 -corte 1, e. I- 325 -corte 1, e. 1/II). De la campaña de 1971 procede otro individuo, claramente, de un pico, pero no se dieron referencias sobre su asignación estratigráfica (Schubart, Niemeyer, Maass-Lindemann 1972, lám. V núm. 2).

Pero, con una morfología, además invariable, también se han documentado en algunos yacimientos argelinos, como en el estrato inferior de Les Andalouses (Cintas 1976: 42, pl. XXXVIII, 5.) o en el nivel de relleno de la casa M de Mersa Madakh (Vuillemot 1954, figs. XIX y XX; 1965, fig. 54).

Cabe recordar el material de la Cruz del Negro (Aubert 1976-1978, fig. 9 núms. 15-16, 10 A-B -dos picos-, fig. 11 -un pico-) si bien fuera de contexto y en el marco de un cementerio que se extiende, cronológicamente, a lo largo de todo el siglo -VII -tal vez, desde finales del anterior- hasta un momento indeterminado del -VI.

Está superada la creencia de la desaparición, después del siglo -VIII, de las lucernas de un sólo pico en el Mediterráneo Central y Occidental, afirmada por P. Cintas (1950: 521, 524), pero después, discutida por G. Vuille-

mot (1965: 73-74). Efectivamente, hallazgos como los de Chorreras o los niveles antiguos de Los Toscanos certifican la existencia de estas lucernas de un pico y fondo convexo en el siglo -VIII avanzado y/o los inicios del siglo siguiente. Horizontes, como los dos oraneses, citados, son temporalmente difíciles de precisar, aunque pueda hipotetizarse el siglo -VII.

Por su parte, las lucernas de doble mechero también aparecen en el repertorio occidental antes del final del siglo -VIII. El material publicado de Chorreras es generalmente demasiado fragmentario para su adscripción a uno o dos mecheros, salvo piezas de este último tipo ya comentadas, aunque, sin embargo en no pocos casos dichos fragmentos dan la impresión de pertenecer a piezas de doble mecha.

En la campaña de 1964 realizada en Los Toscanos, cuando se descubrió un buen número de ellas, aunque en estado muy fragmentario, se pudieron verificar diámetros entre 11,5 y 15, cm y anchos de borde entre 0,9 y 1,9 cm (Schubart, Niemeyer, Pellicer 1969, p. 123-127).

No fue posible, con parámetros métricos, establecer una cronología evolutiva clara entre la segunda mitad del siglo -VIII y los primeros decenios del siglo -VI. En realidad, las piezas de Trayamar –Ø entre 13,1-13,6, a. b. 1,2 a 2,1 cm (Schubart, Niemeyer 1976: 205-207)– vendrían a contradecir algunas observaciones a partir de Toscanos acerca de la disminución progresiva del diámetro. Tampoco el material recuperado en la campaña de 1971 en el asentamiento del Vélez permitió sacar deducciones crono-evolutivas relevantes (Schubart, Maass-Lindemann 1984: 109-110, fig. 12 núms. 371-372, del estrato 2, con bordes entre 1,6 y 1,8 cm., fig. 12, núms. 384-385, del estrato 4a, con bordes entre 1,2-1,8, estrato 7a2, con 1,7 cm. y estrato 8 con 1,6 cm).

Se documentan lucernas de dos mecheros, del s. -VII, en el C. de Doña Blanca (Ruíz, Pérez 1995, fig. 21 núm. 8). En el nivel IV de Mogador se registraron trescientos individuos fragmentarios y, todos los verificables, eran de doble mechero, aunque posteriormente se ha señalado la presencia de un ejemplar de uno sólo (López, Habibi 2001: 57). Los diámetros de estas lucernas oscilan entre 12 y 14 cm. y las anchuras de los bordes entre 1,0 y 1,2 cm. El 65 % de los individuos estaba tratado con engobe rojo (Jodin 1966: 93-106, figs. 19 a, b y 20, pls. XXVI a, b, XXVII y XXVIII; López, Habibi 2001, fig. 5 núms. 22-23). Como es bien sabido, este nivel parece configurarse en el transcurso de un amplio lapso cronológico, que cubre buena parte del s. -VII y finaliza en un momento impreciso del primer tercio, o cuarto, del s. -VI.

Otra fecha tardía para lucernas –morfológicamente similares o derivadas y tratadas con engobe rojo, claramente en el primer tercio del siglo -VI–, independientemente de la cronología de las tumbas de Trayamar, viene dada por la necrópolis de Cádiz³⁰ y por el estrato II del sector 3/4 del Cerro del Villar (Curiá *et al.* 1999, figs. 125 t-v, 181 o-r). Otro tanto puede suceder, prologándose aún más en el tiempo, en El Jardín (Maass-Lindemann 1995), pero ya se observa una evolución morfológica, con tipos menos circulares y más estrechos, que no existen en sa Caleta.

En cuanto a sa Caleta, no puede pasar desapercibido el uso conjunto y coetáneo, en un ámbito, como mínimo, «singular», como el A.XVIII de las lucernas A.XVIII-5 y A.XVIII-6, respectivamente de dos y un mechero. Ambas carecen de engobe y su morfología, casi circular en el caso de la XVIII-5, es más bien asimilable a tipos antiguos, seguramente de un siglo -VII no muy avanzado, sino antes. Otra lucerna que carece de engobe es la XX-29, en cambio otras, si recibieron este tratamiento. Conviene no olvidar que ya desde la segunda mitad del siglo -VIII, en Las Chorreras un porcentaje muy elevado de piezas no fue barnizado de rojo.

5.1.1.2. Cerámica fenicia fabricada en el Mediterráneo central

ÁNFORAS

Como se ha indicado antes, las ánforas fenicias de procedencia centro-mediterránea en sa Caleta, sobre el total de elementos anfóricos constituyen el 5,51 %, por aproximación a individuos reales y el 6,25 % por individuos (bordes), porcentajes ciertamente no desdeñables. Todos ellos responden a la descripción hecha para el grupo de pas-tas «Cartago-Túnez» (Ramon 1995: 258-259).

Entre los tipos representados en sa Caleta, al menos uno de ellos, el p-24, por la significativa inclinación del cuerpo superior y trayectoria de espalda, parece atribuible, con claridad, al T-3111, el tipo más antiguo fabricado en talleres cartagineses metropolitanos (Ramon 1995: 180-182, fig. 155 núms. 97-101; *id.* 2000; Docter 1997), en la segunda mitad del siglo -VIII e inicios del siguiente.

30. Perdigones, Muñoz, Pisano 1990, fig. 31 núms. 1-2 (tumba 5, c. Ciudad de Santander/Avda. de Andalucía) Ø 12,7, ab. 1,9 cm., fig. 32 núm. 3 (tumba 15, c. Tolosa Latour) Ø 13,3, ab. 1,3 cm, fig. 33 núm. 5 (tumba 13) Ø 13,1, ab. 1,3 cm.

Otros recipientes de fabricación fenicia centro-mediterránea corresponden al T-3112 / T-2111 (Ramon 1995: 180-182, fig. 152 núms. 69-74, 155 núms. 102-106 y 156 núms. 107-110; íd. 2000) –p. ej., XXXI-31, XXIV-10, S-124, S-85, S-86. Se trata de producciones también básicamente cartaginesas, al menos lo son los individuos de sa Caleta, cuya vigencia se sitúa a lo largo, prácticamente, de todo el siglo -VII.

Finalmente, está claramente documentada la presencia de envases T-2112 (Ramon 1995: 178, figs. 152 núms. 75-77 y 153 núms. 78-81; íd. 2000) en las piezas, XX-28, S-125, S-87, S-88, etc. Los individuos e-2 y XX-28 tienen, además, el apoyo de conservar, no sólo los bordes, sino tramos importantes de su perfil. Se trata de envases, en este caso cartagineses, aunque otros de Sicilia y Cerdeña también los fabricaron, que parecen configurarse, de modo muy próximo a los T-2111 y T-3112, tal vez, ya a partir del tercer cuarto del siglo -VII, aunque se hallan muy bien documentados en los dos primeros decenios, o primer cuarto, del siglo -VI, según demuestran contextos sici-
lianos, muy bien fechados, como Camarina, fundada en el -598, entre otros (Ramon 1995: 178).

Así pues, los recipientes cartagineses, en sa Caleta, dominan claramente el repertorio anfórico de origen centro mediterráneo. Como se ha dicho, algunos individuos deben fecharse en el siglo -VIII o inicios del -VII mientras que la mayoría parece cubrir todo el siglo -VII, llegando otros a los últimos años de esta centuria, o el primer decenio del siglo -VI.

JARROS Y JARRAS

De producción centro-mediterránea sólo pueden integrarse dos piezas entre los hallazgos de sa Caleta. El ac-8/XXV-61/bg-11 es un fragmento que corresponde a la zona de diámetro máximo de un vaso cerrado de cuerpo esférico. En este punto se halla decorado con una banda horizontal de engobe rojo castaño de 3,8 cm. de anchura, encuadrada por dos líneas negras más finas negras superpuestas en sus extremos (*black on red*). La pieza tiene un diámetro máximo, aproximado, de 17 cm. Se trata, por su pasta –que incluye desgrasante de cal y, sobre todo, arenilla fina de cuarzo traslúcido rodado–, su textura, su coloración anaranjada, etc. de un vaso de clara producción cartaginesa.

La fragmentación de la pieza dificulta su asimilación morfológica, sin embargo, lo conservado es significativo, reduciendo el abanico de posibilidades a unas pocas formas, entre las cuales, la candidata ideal, por la trayectoria del perfil y por la situación decorativa, es una clase de jarro, de una asa, cuello estrecho y carenado, que P. Cintas englobó en sus tipos 90, 91 y 92 (Cintas 1950, pl. VII; íd. 1970, pl. XXIX núms. 56-58) y que equivalen a la clase «E1, E2 y E3» de Harden (Harden 1937, fig. 3 m, n, p, pl. XI, 5) del nivel Tánit I del *tophet* de Cartago. Cabrían otras posibilidades de clasificación³¹, pero técnicamente, por los motivos aludidos, incluyendo también el valor del Ø máx., son menos probables.

Lo que sí es significativo es que esta técnica decorativa en los talleres de Cartago parece haber sido abandonada después del final de la mencionada primera fase del *tophet*, a favor de motivos decorativos más sencillos, que en lugar de utilizar el *red slipped & burnished*, utilizan pintura roja y oscura, o simplemente monocroma. Por tanto, este jarro cartaginés de sa Caleta no debería situarse cronológicamente después de c. -675/-650.

Otra pieza, de relativo interés, es un jarro del cual se conserva sólo el cuello en todo su perfil, borde y circunferencia –XXXI-38. El cuello es acilindrado y vertical, muy poco por debajo de su altura media tiene un escalón, muy marcado y rectilíneo, es decir, una arista saliente y pronunciada. Por debajo, el perfil es recto hasta enlazar con la parte superior de la espalda sin ningún tipo de resalte. Por encima del escalón, el cuello también es recto, un poco más estrecho que el cilindro inferior del cuello. El borde moderadamente exvasado, presenta una cara superior oblicua y convexa y una inferior levemente convexa. La circunferencia conservada certifica que se trata de una pieza de una sola asa.

Desde un punto de vista tipológico, este vaso, no sólo ya por la típica asa única asa, sino por el perfil de su cuello y borde pertenece claramente a la escuela fenicia del Mediterráneo central. Se trata de una forma que deriva directamente de los jarros clase E1, E2 y E3 de Harden, equivalentes a los tipos 90, 91 y 92 de Cintas, antes comentados y que equivale también a la clase E de Tánit II. El detalle del escalón en el cuello en lugar de un nervio, en esta clase de piezas se generaliza en Cartago probablemente a partir de la segunda mitad del siglo -VII. Igualmente se populariza en los talleres de Sicilia occidental y de Cerdeña, llegando hasta un momento impreciso del siglo -VI. En Cerdeña es muy abundante la presencia de esta clase de jarro en los niveles profundos del *tophet* de

31. Como, por ejemplo, algunas de las variantes de las jarras tipo Cintas 44-46 (Cintas 1950, pl. III), 230, 238 bis (íd., pl. XVIII), etc. Todas ellas del mismo horizonte arcaico cartaginés y decoradas con la misma técnica.

Tharros, a partir también de c. -650, donde existen recipientes con perfiles de cuello idénticos³². En esta misma isla, el *tophet* de Sulcis ha proporcionado, por una parte, formas morfológicamente predecesoras, con cuello muy parecido, pero nervado, más que escalonado, base anular y anchas bandas de decoración bícroma (Bartoloni 1983: 26, fig. 7 f –quién lo sitúa c. -650) y otros, morfológicamente idénticas al jarro de sa Caleta (Bartoloni 1985, figs. 9 y 11 –que su editor fecha en el siglo -VIII).

El propio P. Cintas, que sitó el final de Tánit I y el inicio de Tánit II, alrededor de -675, ya advirtió de la presencia de vasos idénticos, o muy parecidos, a los de la primera época, en el segundo estrato (Cintas 1970: 369, 375, etc.). De otro lado, investigaciones posteriores han propuesto alargar la cronología de Tánit I bastante más, hasta c. -600 (Stager, Wolf 1984), aunque ha sido una propuesta de escaso éxito.

Jarros con el cuello y borde similares a la pieza que se está comentando se documentan en el nivel alfarero del, sondeo 4 del cardo IX de Cartago (Vegas 1990, fig. 2 núms. 26 y otros), con decoración pintada monocroma o bicroma.

Parece lógico situar la cronología del jarro XXXI-38 de sa Caleta en la segunda mitad del siglo -VII. Su lugar de producción en el Mediterráneo central fenicio no es clara, debido a la peculiaridad de su pasta color amarillo claro y rosado por el interior, que contiene cuarzo blanquecino y traslúcido, así como abundantes nódulos de calcita blanca y cal, biotita y otros elementos aparentemente de origen férrico.

5.1.1.3. Cerámica fenicia fabricada en el Mediterráneo Oriental

ÁNFORAS

Poquísimos material de esta procedencia se ha encontrado en sa Caleta. Con un valor tipológico mínimo y tal vez insuficiente, cabe ahora citar solo el borde de un ánfora –recortado como anillo-soporte– de perfil triangular –e-1. Con duda, podría proponerse su correspondencia con el tipo Sagona 7 (Sagona 1982). Pasta muy fina, dura contiene escaso y muy fino desgrasante de moscovita y algunos elementos férricos.

Se trata de una nomenclatura que, en realidad, engloba una amplia familia, morfológicamente emparentada, pero tipológicamente variada, en el espacio –Líbano, Palestina, Chipre– y en el tiempo –s. -VII y VI (Ramon 1995: 270-274). El borde de sa Caleta, no contando con el resto del perfil del cuerpo es difícil de atribuir con mayor precisión.

JARROS Y JARRAS

Oil Bottle.– Se documentan en sa Caleta una serie de piezas, con pastas amarillentas, marrones y rosadas, con nódulos gruesos de cal, que se integran en esta categoría de fabricación oriental. Sin embargo, la enorme mutilación del material –reducido a fragmentos sueltos y poco definidos de cuellos, o cuerpos o fondos– no deja margen a una discusión morfológica, cronológica y areal afinada.

Por este motivo, únicamente puede recordarse que estos pequeños *aribalo*i tienen en el oriente fenicio del Levante mediterráneo, de donde parecen proceder, una amplia tradición en el transcurso de la edad del Hierro y que su comercio fue muy extenso, afectando muchos puntos del Mediterráneo Central y Occidental, siendo omnipresentes, no sólo en todos los establecimientos coloniales, sino también recomercializado a muchos enclaves indígenas.

Sobre estos frascos, popularmente conocidos como *Oil Bottle*, a partir de un estudio de W. Culican (1970) existen, trabajos monográficos –como el citado y, entre otros (Ramon 1982)– y muchos comentarios surgidos de los estudios de muy diversas campañas de excavación, en África, España, Italia, Malta, etc. que ahora no se van a recapitular, vista la enorme fragmentación del material del yacimiento ibicenco.

Dipper Jug.– El material atribuible a esta clase de pequeño jarrito –cuyo nombre anglosajón en el argot científico, pretende buscar una función de «cazo»– en sa Caleta, aparte de muy escaso, es también muy fragmentario, haciendo casi nulo su discurso morfológico. En realidad, se trata de un vaso bien conocido, cuya dispersión por todo el Mediterráneo, es amplísima.

32. Sobre todo, Acquaro 1989, cat. núms. 168, 169, 192, etc. Algunos con decoración pintada bícroma y, también en algunos casos, cubiertos por pequeños platos de tipología propia de la segunda mitad del s. -VII hasta inicios del -VI. Acertadamente, este investigador (Acquaro 1989: 15) establece relación con las Tánit II/clase E de Harden, citando otros vasos similares en otros puntos de Cerdeña, además de Mozia y Susa.

También, lo dicho a propósito de las *Oil Bottle* es estrictamente aplicable a los *dipper*, por los que afecta a calidades de pastas, amplia tradición en el mundo fenicio oriental, y un gran presencia comercial en el centro y occidente mediterráneo, que no va a la zaga del que afecta las ampollas. Pero en sa Caleta, no puede hacerse otra cosa que dejar constancia de su existencia –p. ej., XXXI-39.

5.1.2. La cerámica a mano

Muy significativo es el repertorio vascular a mano que, básicamente, se compone de formas cerradas y, muy mayoritariamente, de formatos medianos y pequeños, siendo los grandes escasos. Del mismo modo y, sin duda, por que la cerámica a mano de sa Caleta fue esencialmente una categoría de cocinar (74 %, por individuos-bordes, sobre el total de cerámica a mano), los cuencos y otras formas a mano son raras en el asentamiento ibicenco.

Además, esta clase de cerámica resulta muy interesante por englobar formas de tradición claramente indígena –como se verá, vinculables con el Bronce Final del S y, de modo particular, del SE ibérico, junto con otras de origen, sin duda, catalán, además con otras que parecen enmarcarse en el mundo talayótico balear de Mallorca y Menorca – y formas, que, a pesar de haber sido elaboradas a mano, parecen responder a modelos fenicios –sobre todo un corto número de ollas con asas y dejando de lado las versiones de lucernas, también hechas a mano, todo ello sin agotar el repertorio.

Un dato, sin duda, interesante, radica en la presencia, al menos, entre un 8 y 9 % de pastas con minerales claramente metamórficos por individuos reales, entre el material a mano de sa Caleta.

En conjunto el material a mano del asentamiento ibicenco es representativo, aunque se halle muy por debajo de la cerámica a torno. En este sentido, ya se ha dicho que constituye aproximadamente el 15,33 % sobre el total de elementos vasculares de sa Caleta, según la aproximación a individuos reales registrados y 20 % según individuos (bordes).

La primera cuestión que se plantea es porqué los fenicios en sa Caleta manejaban una cantidad, sin duda importante, de recipientes a mano, cuando teóricamente podían disponer de las mismas categorías vasculares, con formas y estilos propios.

Al respecto de esto, una línea de investigación, al menos en cierto modo, responde a esta pregunta, su funcionalidad. Entre las morfologías de vasos a mano detectadas en sa Caleta, los grandes vasos de almacenaje –muy comunes en el mundo indígena del Bronce Final y Hierro Antiguo, de zonas como las costas de las actuales Comunidades Autónomas de Cataluña, Valencia o Murcia, si es que realmente existen (la fragmentación de algunas piezas posibles induce a una cierta duda), son realmente excepcionales.

Lo mismo en cuanto a los vasos abiertos, tipo cuenco o plato, que en sa Caleta, con un 6 % por individuos-bordes sobre el total de cerámica a mano resulan un grupo muy minoritario. La masa de material modelado, responde a recipientes mediano-pequeños, más o menos anchos, pero de perfil alto y cerrado, que genéricamente, y sin que se tome siempre al pie de la letra, deben considerarse ollas.

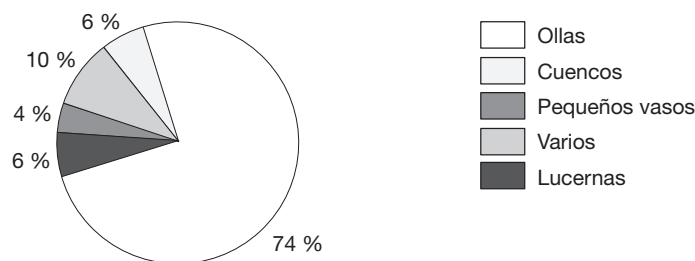
No interesaron, pues, en sa Caleta grandes contenedores manufacturados por los indígenas, en detrimento de las ánforas y *pythoi* torneados. Tampoco parecían despertar su interés, sino anecdóticamente, ni cuencos, ni nada similar. Salvo excepciones, los fenicios utilizaban sus platos y diversos tipos de cuencos a torno, tanto con engobe rojo, como en pasta gris. Todo ello se ha visto en el capítulo anterior.

Caso aparte es el de las lucernas a mano, siempre minoritarias frente a las fabricadas a torno, y en sa Caleta con el 6 %, por individuos-bordes, sobre el total de cerámica a mano, pero de hecho, presentes en la inmensa mayoría de establecimientos fenicios estudiados en el extremo occidente.

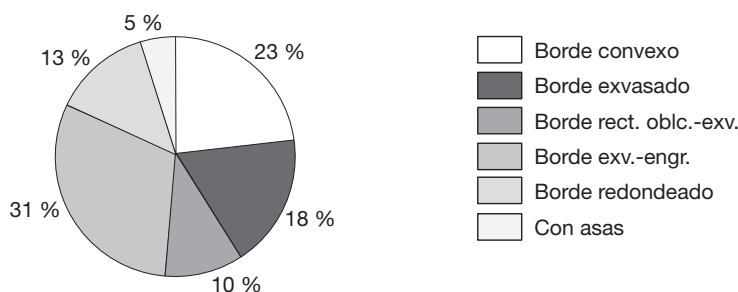
En realidad, delimitar las morfologías de las cerámicas a mano de Sa Caleta es una tarea complicada, y la dificultad radica, no sólo en su estado frecuente de fragmentación excesiva, sino en un hecho simple y empírico: si se observan en profundidad, realmente ninguna pieza es exactamente igual a otra, característica bastante común en las cerámicas de producción artesanal. Es el reflejo de lo dicho antes, un cuadro de relaciones complejo y variado.

En cuanto a pastas, se observan diferencias aun que no exentas de dificultades en cuanto a su individualización. De todos modos pueden realizarse algunas observaciones, que tendrán lugar en el marco de cada uno de los grupos establecidos.

Antes que se realicen análisis arqueométricos de estos materiales, cosa que se ha manifestado ineludible para obtener el partido científico que sin duda merecen, se impone un análisis a partir de técnicas, formas y decoraciones.



Gráfica 5: cerámica a mano, % por categorías funcionales (bordes)



Gráfica 6: categoría ollas a mano, % por tipos (bordes)

5.1.2.1. Vasos cerrados medianos y pequeños

RECIPIENTES ALTOS, CON PERFIL DE TULIPA Y BORDE NO DIFERENCIADO

Una familia morfológica, en lo genérico, aunque no tanto en lo concreto, reúne vasos con una serie de características comunes: borde no engrosado, generalmente liso, (raramente con una o varias incisiones horizontales externas), perfil cóncavo-convexo, más o menos acentuado o, genéricamente, de perfil de tulipa, bases planas, a menudo muy atalonadas, aunque otras veces indiferenciadas o, simplemente, resaltadas con algún leve tramo convexo. Estas formas, habitualmente, aparecen rematadas con diversos tipos de muñones. En sa Caleta este grupo, por NMI de individuos, representa el 23 % sobre el total de formas olliformes.

Algunas piezas, como la XIV-6, excepcionalmente completa, tienen un desgrasante a base de partículas, de considerables dimensiones, de pizarra y gneiss, de claro origen metamórfico. Otras ofrecen abundantes inclusiones de calcitas duras blancas, trituradas artificialmente, junto con elementos varios sedimentarios, tipo mica moscovita, margas, nódulos férricos y elementos vegetales (III-19, IV-4 y 5, aa-79 y 80, e-15). También se documentan individuos (IX-2, aa-72) con presencia de cuarzo traslúcido y un ejemplar (p-59), además de cal, calcitas blancas y otros elementos incluye cristales verdosos. En ocasiones se observa algún grosero espatulado, si bien las epidermis se hallan muy erosionadas. Las coloraciones de la pasta varían, aunque dentro de gamas concretas, como gris fuerte, gris-negro, marrón-rojo oscuro o marrón gris.

De este grupo han podido reconstruirse completamente dos piezas. Una de ellas tiene base plana diferenciada, aunque no muy prominente, cuerpo convexo con el diámetro máximo desplazado en la parte superior (XIV-3). Tiene cuatro muñones alargados pegados a la boca.

Otra pieza con una forma sin duda semejante (conserva sólo la mitad superior) es más abierta y, cerca de la boca, tiene muchos muñones redondeados y con una digitación cada uno (IX-2).

El vaso aa-72, también conserva completo todo su perfil. Su base es muy gruesa, pero no destacada por el exterior, diámetro máximo casi centralizado y cuatro muñones aplanados y colocados en proyección horizontal, cerca de su boca.

Existen otras piezas similares a la anterior, aunque, tal vez sin muñones (p-59), mientras que otras presentan dichos apéndices a modo de apliques muy alargados y colocados en sentido vertical (III-19).

Cabe indicar, finalmente, que otros vasos son demasiado fragmentarios y no permiten ulteriores apreciaciones tipológicas, excepto su clara pertenencia a este grupo (e-15, IV-4, IV-5, aa-79, aa-80, etc). Por otro lado, es casi seguro que una serie de bases, generalmente muy atalonadas, pertenecen a esta clase de formas (I-12, III-27, g-11, g-15, XXV-44, XIII-10, XX-32).

Genéricamente, pertenecen al tipo A2A de González (1983: 65 y despleables anexos), que aparece en el horizonte Peña Negra I, pero que se vuelve predominante en Peña Negra II (González 1983: 152). Algunas formas de sa Caleta, con tramo superior menos convexo-entrante, podrían pertenecer al tipo A1A del mismo autor, con idéntico significado. También se adscriben a los tipos II.F.4 y II.F.5 de M. Ros (1989: 242-245) establecidos para el Castellar de Librilla (valle del Guadalentín).

Se trata, pues, de formas muy características en los horizontes del Bronce Final y Hierro Antiguo del Levante y Sudeste ibérico de donde deben provenir, al menos una buena parte, de estas piezas a mano encontradas en sa Caleta. A parte de la Peña Negra, y el Castellar de Librilla, ya citados, son formas típicas en las necrópolis de les Moreres (González 2005, lám. I) y del Llano de los Ceperos (Ros 1989: 193, lám. 39, abajo), castillo de Guardamar (García 1983, fig. 1 núm. 1), Los Saladares, por lo menos desde la fase IA3 (Arteaga, Serna 1975, lám. IX-X), IB1 (id. lám. XV, XVI) y IB2 (id., lám. XXII).

También se han documentado formas de esta clase en la moleta del Remei (Gracia 2000, fig. 4, abajo). Existen tipos similares en la costa norteafricana, al menos en Orán, concretamente en Mersa Madak (Vuillemot 1965, fig. 52, arriba, dcha.), en un contexto general poco conocido.

Es, por la morfología de los perfiles y otros detalles y, tanto o más, por su variación de pastas –recuérdese, por ej., la confluencia de geologías, metamórfica y sedimentaria, en la zona de Orihuela– es decir, en general, la zona del SE peninsular (Alicante y Murcia) de donde provienen, tal vez, la mayoría de los recipientes a mano de este grupo documentados en sa Caleta.

RECIPIENTES ALTOS, CERRADOS, CON BORDE VERTICAL O EXVASADO

Morfológicamente hablando, se trata de un grupo bastante heterogéneo, aunque con la característica común de presentar un cuerpo proporcionalmente alargado y una boca cóncavo-exvasada, que confiere al recipiente un perfil en «S». En general, las bases son muy similares a las vistas en el grupo anterior, es decir, planas y levemente diferenciadas al exterior o, por el contrario, francamente atalonadas. Este grupo, por NMI de individuos, representa el 18 % sobre el total de formas relacionadas con ollas.

Uno de los recipientes (p-77), que conserva aproximadamente el tercio superior, tiene como rasgos distintivos un diámetro máximo desplazado a la parte alta del cuerpo, dibujando un perfil convexo y, por encima de éste, un borde, que no es sino la prolongación exvasada, y en «S», de la propia espalada. Además, el borde, de extremo redondeado, no ofrece ningún engrosamiento. Es de suponer que la parte inferior del cuerpo sería cónica y, más o menos, rectilínea. Por el exterior presenta un grosero alisado. Su pasta es gris-negro, con calcitas blancas y semi-traslúcidas y partículas negras de aspecto metálico brillante, entre otras. Vasos similares se han documentado en niveles del siglo –VII de Castellón, como el Torelló del Boverot (Clausell 2002: 69, núm. 82) y Vinarragell (Mesado 1974, figs. 21 –de formato grande–, 36 núm. 354, etc.).

Otro vaso (c-11), cuyo perfil pudo ser, más o menos, interpretado de modo global, mediante una serie de fragmentos que se recuperaron, tiene una base un tanto remarcada por el exterior, con perfil del cuerpo ovoidal, es decir, con el diámetro máximo por encima de su punto medio. El borde es exvasado y de trayectoria cóncava, redondeado pero no engrosado, se le observan pequeños muñones en la zona del diámetro máximo así como agujeros de reparación. Pasta con abundante cuarzo traslúcido y calcitas, color gris-negro.

Del vaso aa-77, cabe destacar sólo su borde de extremo redondeado y trayectoria recto-exvasada, sensiblemente más delgado que la pared de la espalada con la cual enlaza. Su pasta es similar a la de la pieza anterior, con inclusión de nódulos rojos. Morfológicamente, no difiere en exceso de algunas piezas del Torelló del Boverot (Clausell 2002: 41, núm. 13).

También merece la pena citar un individuo, cuyo perfil completo ha sido deducido hipotéticamente de varios fragmentos (a-45/47). Es también un vaso de perfil alto y cerrado, con una base atalonada y un borde fino, alto y ligeramente exvasado. Su pasta, con coloraciones desde marrón fuerte a gris-negro, igualmente contiene calcitas blancas, calizas grises y elementos férricos. También tiene paralelos en el citado yacimiento de Castellón (Clausell 2002: 48, núm. 33). Por otra parte, este individuo, concretamente, se asemeja considerablemente a algunos especímenes de Peña Negra I, clasificados por González con su tpo A6B3a (1983, fig 14, abajo, centro y dcha.).

Otras piezas, como la a-51, se adscriben, *grosso modo*, a este grupo, mientras que, por otro lado, la dn-7 podría responder a las características globales citadas. En todo caso, es segura su base muy diferenciada y el cuerpo convexo, con el diámetro máximo en la parte alta.

En general estos vasos a mano con perfil en S, son muy frecuentes en el levante y sudeste ibérico en horizontes del Bronce Final y Hierro Antiguo en yacimientos como la Peña Negra y el Torrelló, ya citados, pero también Los Saladares (Arteaga, Serna 1975, lám. XX núm. 145) o Vinarragell (Mesado 1974, figs. 36 núm. 354, 38 núm. 438 y 48 núm. 3).

RECIPIENTES CERRADOS CON ASAS

Comparativamente, se trata de un material más escaso en sa Caleta dentro en relación al resto de formas a mano del grupo ollas, puesto que no representa sino el 5 %. Dejando de lado unas pocas asas sueltas, que no permiten grandes conjeturas acerca del perfil global de sus vasos asociados, se documentan dos individuos, con apreciable interés morfológico, en la medida que se trata, al menos en un caso, de perfiles completos.

El individuo XX-30 tiene un perfil general convexo y moderadamente abierto. Diámetro máximo en la mitad superior, pero no lejos del centro. Borde corto, no engrosado y de proyección oblicuo exvasada. Un asa de sección oval, aplanada, y perfil de tres cuartos de círculo, un tanto caída, se sitúa mayoritariamente por debajo del punto medio. Base apenas remarcada por el exterior, ligeramente rehundida. La pasta con zonas marrones y otras gris-negro, presenta inclusiones abundantes de calcitas duras y angulares, color blanco, así como moscovita.

El otro (ab-10), sólo conserva la parte superior, de perfil convexo. Borde levemente remarcado por el exterior en proyección oblicuo exvasada. Asa de tres cuartos de círculo, grande y abierta. Sitúa su empalme superior directamente sobre el borde, con sección aplanada y cóncavo-convexa. Es muy ancha en su parte alta, decreciendo hacia abajo. Es difícil definir la parte inferior del cuerpo y la base, si bien es obvio que sería más o menos alargado y la base plana, tal vez diferenciada por el exterior. La pasta de esta pieza, de color marrón-rojo fuerte y núcleo gris-negro, revela un claro ascendente metamórfico, con abundante pizarra, esquisto, cuarzo, calcitas y mica dorada y plateada.

En los asentamientos fenicios occidentales frecuentan morfologías de vasos cerrados, no muy distintas, y con una o dos asas. Por una parte, es ya clásico el conjunto de piezas enterradas bajo el suelo de un ámbito de la fase B1 del Morro de Mezquitilla, exhumado en 1982, que se componía, al menos, por seis vasos ansados y cuatro con, o sin, muñones (Schubart 1983, Ab.10a-f y Ab.11c-e). En tres individuos, el arranque superior del asa empalma directamente sobre el borde y, en los otros tres ansados, toda el asa se sitúa sobre la espalda del recipiente. También del mismo yacimiento proceden piezas similares, pero con dos asas (Schubart, Maass-Lindemann 1984, fig. 27f) y un tipo de pieza de boca relativamente ancha, con asa situada por debajo del borde (id., fig. 27g; Schubart 1977, abb. 15c), no muy distinta a la XX-30 de sa Caleta, a excepción que esta última tiene el asa más baja y el vaso es un tanto más profundo.

En Chorreras son relativamente abundantes las ollas a mano, de perfil redondeado, con borde exvasado y un asa en la zona del diámetro máximo (Aubert, Maass-Lindemann, Schubart 1979, fig. 11 núms. 154, 158, fig. 12 núms. 166-171) que, en realidad, no son muy distintas a las piezas a torno.

Podrían señalarse aún otros yacimientos fenicios con piezas a mano olliformes con asas, por ejemplo Lixus (Bellard, Habibi 2001, fig. 8 núms. 4 y 6; Álvarez, Bellard 2005, fig. 11 no. 69) o Mersa Madakh (Vuillemot 1965, figs. 52 y 53).

En todo caso, las piezas de sa Caleta XX-30 y ab-10, en representación de otras mucho más fragmentadas, se enmarcan claramente en un género de vaso a mano, para la cocción y/o calentamiento alimentario, influido morfológicamente por las ollas a torno fenicias, a diferencia del resto, mayoritario, de formas que, claramente, responden a tipos y tradiciones indígenas del Bronce Final y Hierro Antiguo.

FORMAS REDONDEADAS U OVOIDES

Se documentan algunas piezas, aunque con escasa frecuencia, caracterizadas por un borde un tanto exvasado y de extremidad redondeada, más bien corto. No se ha podido reconstruir ninguna forma completa, pero los fragmentos atribuidos delatan cuerpos convexos, prácticamente esferoides u ovoidales. No se aprecian muñones ni otros apliques y las bases son planas y reforzadas por el exterior o totalmente indiferenciadas. Este grupo, por individuos-bordes, representa el 13 % sobre el total de formas olliformes.

Existen variables importantes en esta familia, que prácticamente obligan a una descripción puntual, individuo por individuo.

El aa-78 tiene una boca de considerable anchura, en proporción a la altura y diámetro máximo del vaso, así como un perfil convexo y una base plana indiferenciada por el exterior. Destaca, además, por el espatulado, realizado con un objeto fino, por todo el cuerpo, y en distintas direcciones. Su pasta color gris-negro tiene como desgrasante cuarzo traslúcido y semitranslúcido. No es posible señalar paralelos estrictos a esta pieza.

La XIII-9 se destaca, no solo por su base diferenciada al exterior, aunque de fondo aplanado, sino por el «escobillado» oblicuo, que presenta en la cara externa del cuerpo, al menos, en su parte baja. Su borde es exvasado y redondeado. Pasta color marrón a gris-negro, con calcitas blancas angulares. Aunque más fragmentaria, la a-46, con excepción de su base, en este caso indiferenciada, y de la presumible ausencia de decoración, podría ser una forma no muy distinta a la XIII-9, las características de su pasta, por otro lado, son similares. Ambas, en cierto modo, podrían adscribirse al tipo A3B de González (1983: 66-67, desplegable).

Finalmente, el individuo XXXI-44, de perfil convexo, liso y seguramente ovoide, con borde oblicuo de sección triangular exvasada, pasta gris al interior y marrón-amarillo al exterior, con esquisto, cuarzo, cal y micas doradas y plateadas. Recuerda el tipo A6B3a de González (1983, fig. 14, abajo, izqda.).

RECIPIENTES ALTOS, CON CORDONES APLICADOS

Existen una serie de fragmentos en sa Caleta, que responden a vasos hechos a mano, con una serie de rasgos comunes.

En todos los casos, se trata de recipientes cerrados y, más o menos, altos, con bordes bastante alargados, casi rectilíneos y oblicuo-exvasados. El diámetro exterior de las bocas suele tener un valor superior al de los propios diámetros máximos de los cuerpos, que se ubican en la zona alta, o media-alta, de los recipientes.

Además, en la zona donde el borde enlaza con la espalda o justo debajo de este punto, presentan siempre un cordón horizontal, con distintas decoraciones. De este modo, algunas piezas tienen el cordón con fuertes digitaciones, más o menos redondeadas (XXX-11, XXXI-46, XXXI-48), otras tienen incisiones hechas con un objeto punzante oblicuas y más separadas (aa-76). Finalmente, se da el caso que dicho cordón es completamente liso (b-15). En cuanto a las pastas, la del individuo XXX-11 es color marrón-rojo fuerte, con núcleo marrón con cuarzo redondeado y calcitas así como mica biotita. La misma composición en cuanto a la aa-76. En cambio, la b-15, color marrón-gris fuerte, con pátina beige, tiene los minerales ya citados junto con elementos de aspecto férrico o metálico y lo mismo las XXXI-46, XXXI-48.

Se trata de vasos cuya forma se asimila totalmente a tipos del Bronce Final y Hierro Antiguo de la zona de la actual Cataluña y norte del País Valenciano (Ramon 1994-1996: 414, fig. 8), donde se implantó la cultura de los Campos de Urnas.

RECIPIENTES CONVEXOS, DE BOCA MUY ANCHA Y BORDE EXVASADO

Entre el material a mano del yacimiento ibicenco existe una notable cantidad de vasos con unas características generales y comunes. En primer lugar, la anchura de su boca, que es considerable en relación al diámetro máximo del cuerpo, aunque siempre se halla por debajo de éste. En todo caso, las bocas, borde incluido, son sensiblemente más anchas que las bases. Estos bordes significan, normalmente, un apreciable engrosamiento de la pared del vaso, que es más fina (S-103 y 104). Tienen secciones ovaladas y oblicuo-exvasadas. Este grupo de vasos, representa sobre el total de formas relacionadas con ollas, en sa Caleta, el 31 %, el más alto en su categoría, seguido por el grupo de recipientes convexos en perfil de tulipa.

En cuanto a las pastas, se observa también una homogeneidad relativa, con coloraciones frecuentes de gris oscuro, gris-negro, marrón-gris y marrón-gris-negro. También se observa en la epidermis la presencia de patinas de tonalidad más clara. Los desgrasantes incluyen cuarzitos traslúcidos, calcitas duras angulares, micas plateadas (moscovitas) y algunos elementos de naturaleza férrica.

En los casos que el material permite una verificación, se comprueba la presencia de muñones (XX-31), o dobles muñones superpuestos VIII-7/8/10 redondeados y, en otros casos, alargados (VIII-9), en la zona del diámetro máximo, que generalmente se sitúa en la parte alta del vaso. El perfil del cuerpo es esbelto, de trayectoria convexa en la parte alta, formando la espalda, no lejos del borde y la parte inferior, más o menos, rectilínea. Las bases son planas y apenas diferenciadas en el exterior.

Hecha la salvedad del borde, como se ha dicho engrosado, las paredes del cuerpo y la propia base son bas-

tante finas. Es habitual la presencia de espatulados o escobillados oblicuos sobre la cara externa del cuerpo de estos vasos (VIII-9, VIII-7/8/10, bg-98, etc.).

Otro vaso, también con muñones en la zona superior, donde se halla el diámetro máximo (XVII-5), se distingue por un borde muy exvasado, con la cara inferior marcadamente cóncava y la superior convexa.

Además de los específicamente mencionados, otros individuos como III-18, VI-14, XV-38, n-17, S-103 y S-104 pertenecen a esta serie.

Se trata, en definitiva, de vasos de dimensiones medianas, cuya morfología, unida al hecho de la presencia en las pastas de abundantes desgrasantes a base de cuarzos y calcitas trituradas, las asocia claramente con producciones del mundo talayótico balear.

Quedaría por comentar el vaso h-29, de borde de sección triangular, levemente oblicuo-divergente y breve arista en su enlace con la espalda, con pasta muy similar a la descrita para este grupo, y seguramente puede incluirse también en producciones de ámbito balear.

En realidad, al margen de notables trabajos pioneros de conjunto, como el de G. Rosselló (1979), la cerámica protohistórica de las comunidades baleares se halla aún sin una sistematización profunda. Por otro lado, la falta de cronologías precisas ha sido hasta ahora otro *handicap* en su estudio. Pueden, sin embargo, compararse a las piezas de sa Caleta una serie de vasos hallados en la fase talayótica de Son Fornés (Mallorca) (Llull *et al.* 2001: 54). De hecho, los materiales talayóticos del asentamiento fenicio de sa Caleta, algunos de los cuales reconstruidos en casi todo su perfil, pueden contribuir por su parte a la mal conocida cronología de estas producciones.

5.1.2.2. Grandes recipientes

Existen tres individuos, entre el material vascular a mano de sa Caleta, representados únicamente por su borde. A pesar de ello, y debido a sus grandes diámetros, parece tratarse del cuello-borde de vasos cerrados, de tamaño mediano-grande, aunque, ciertamente, no puede descartarse rotundamente, aunque es poco probable, que se tratara de cuencos altos.

El primero (aa-81) se caracteriza por una trayectoria rectilínea y oblicuo-exvasada, con el borde redondeado y levemente engrosado por el exterior. Las paredes son relativamente gruesas. La pasta, con una pátina blanquecina, es color gris azulado, incluye calcitas blancas y semitraslúcidas, angulares.

El segundo (ec-55), es también marcadamente oblicuo-exvasado. Su extremo es muy fino y presenta por la cara externa dos finas incisiones horizontales. Pasta gris-negro, con núcleo marrón-rojo fuerte y desgrasante a base de calcitas angulares, cal y materia vegetal.

Otra pieza (aa-73), reducida igualmente a su borde, muestra su proyección vertical, levemente cóncava y sin ningún detalle distintivo. Es difícil deducir el resto del perfil de este vaso, así como otras características complementarias pero, en cualquier caso, por su gran diámetro, es obvio que se trata de una vasija de tamaño considerable, seguramente un vaso de almacenamiento. Su pasta, gris, tiene abundante desgrasante de cuarzo traslúcido y calcitas blancas angulares, además de nódulos de cal.

En el caso de ec-55, puede perfectamente tratarse de un vaso de almacenamiento típico del área catalana de Campos de Urnas, donde su presencia es masiva. Incluso en lugares de fuerte impacto comercial fenicio como Aldovesta se registran piezas presumiblemente similares (Mascort, Sanmartí, Santacana 1991, lám. 17 núm. 1, etc.). Por su parte, el aa-88 es más difícil de paralelizar, mientras que el aa-75 puede ser un vaso de almacenaje típico del SE y levante ibérico.

5.1.2.3. Cuencos

Como se ha dicho son muy escasos en sa Caleta, puesto que, sobre el total de formas, por número mínimo de individuos, representan tan sólo el 6 %. Destaca el cuenco c-10, que pudo reconstruirse en su trayectoria completa. Tiene un perfil muy abierto cóncavo-convexo, con base redondeada e indiferenciada y borde no engrosado, saliente y un tanto aristado. Esta pieza presenta un bruñido de calidad, tanto en el exterior como en la parte interna, aunque se halla muy erosionado. Su pasta, claramente metamórfica, incluye pizarras, cuarzo, calcitas blancas angulares, elementos férricos y micas. No ha resultado sencillo establecer comparaciones. Sin embargo, se acerca bastante a piezas de la fase II del Castellar de Llibrilla, donde constituye el tipo I.A.1 de Ros (1989: 211, abajo, dcha.).

Otra pieza, de perfil muy distinto al anterior, viene representada por el fragmento q-3. Tiene un borde ligeramente exvasado, aun que poco engrosado y un perfil general en la parte superior (la única conservada) de trayectoria cóncavo-vertical. El diámetro máximo significa una acentuada inflexión en la curva del recipiente, que le

confiere un perfil un tanto carenado. Se observa un alisado en horizontal y su pasta, color marrón-rojo fuerte, incluye abundantes cuarzos y calcitas angulares. En realidad, la parte conservada no permite asegurar que se trate, realmente de un cuenco y no de una olla, o cazuela, a juzgar, sobre todo por el considerable grosor de sus paredes.

Finalmente, el individuo XXXIV-7, del cual se conserva solamente un fragmento de borde y perfil. El borde es completamente indiferenciado y de extremo redondeado. El perfil es muy oblicuo y rectilíneo pero se desconoce como era su parte inferior y su base. El diámetro máximo es de 21,5 cm.

5.1.2.4. Vasos

Esta categoría dentro del total de formas a mano de sa Caleta, representa el 4 % por número mínimo de individuos.

La pieza XXXI-42 se define por un perfil bastante alto, abierto, convexo en su parte superior y rematado con un borde recto oblicuo-exvasado, de moderada longitud. Su pasta, color gris-negro al interior y marrón al exterior, incluye cuarzo, calcitas angulares y cal. A pesar de faltar la parte inferior, recuerda una pieza del Torelló del Boverot (Clausell 2002: 48, núm. 35), un posible vaso para beber.

Finalmente, el individuo p-60/61 es un tanto especial, con su diámetro máximo desplazado por debajo del centro del cuerpo y su borde, en proporción, bastante engrosado y exvasado. Su pasta tiene un desgrasante a base de calcitas agulares, cal y mica moscovita y es de color marrón gris, con pátina externa más clara. Se halla decorado con una banda de incisiones verticales en la parte alta del cuerpo y podría tratarse, también, de un vaso para beber.

5.1.2.5. Otras formas a mano

Una pieza muy singular, aunque muy incompleta, es la o-7. Su boca, tal vez, representa el máximo diámetro de la pieza. Tiene un borde exvasado, de proyección horizontal, con la cara superior convexa y la inferior ligeramente cóncava. El corto tramo del fragmento conservado indica un cuerpo con el diámetro máximo en la parte superior, a partir del cual el vaso iría estrechándose hasta la base. Conserva la impronta de un aplique, cuya rotura impide saber si era un muñón o, con mayor probabilidad, un asa. No es posible señalar paralelos a esta pieza.

5.1.2.6. Lucernas

Se cierra el repertorio vascular a mano de sa Caleta con algunas lucernas no torneadas y fabricadas con pastas de desgrasantes gruesos, concretamente cuarzos, calcitas blancas, trituradas, micas y elementos férricos. En el caso de la pieza VIII-12 podría tratarse de esquisto y ser su origen metamórfico.

Se documentan, como mínimo, dos lucernas, seguramente de doble mechero, que imitan, de un modo relativamente fidedigno, las piezas a torno. Además, presentan el borde y la cazoleta interna con recubrimiento rojo (VIII-12, aa-71), compuesto por una pintura mate, de escasa adherencia que, en todo, caso imita el engobe de las producciones a torno.

Una tercera pieza es de reducidas dimensiones y reproduce groseramente una lucerna fenicia de un solo mechero (a-53), sin decoración.

Existen lucernas a mano, en el marco de los yacimientos fenicios occidentales como Rachgoun (Vuillemot 1965, figs. 37 y 39) o Mogador (Jodin 1966, pl. XLVII), aunque también en enclaves claramente indígenas, muy influenciados por lo fenicio, como Riotinto (Frejeiro, Luzón, Mata 1969, lám. II), Montilla (Schubart 1988, abb.9 núm. 50) o Saladares (Vives-Ferrandiz 2005a, fig. 137).

5.1.3. Cerámica no vascular

Las dos fusayolas del A.XX son elementos fabricados a mano, con pasta grosera, característica de estas producciones. La XX-33 es esférica, con un hueco cónico en uno de sus extremos por donde pasa la perforación, su pasta es marrón-rojo oscuro con pátina externa gris-negro y desgrasante de pizarra, calcitas blancas, cal y mica. La XX-34, presenta idéntico hueco, pero su perfil es, más bien, cónico-convexo. Como desgrasante incluye pizarras (o calizas grises), cuarzo, calcitas blancas, elementos férricos y mica, tiene un color uniforme marrón-rojo fuerte.

Cabe recordar que las fusayolas son elementos muy extraños en los asentamientos arcaicos fenicio-occiden-

tales. No ocurre así, en cambio, en los enclaves indígenas del Bronce Final y Hierro Antiguo de la costa E y SE de la Península Ibérica, donde a simple título de ejemplo, de piezas muy similares de las de sa Caleta, pueden citarse en la fase Peña Negra IId, fechada *c.* -575/-550 (González 1990, fig. 20 núm. 12745), de tipo bicónico-redondeado y otras veintinueve fusayolas, bicónicas y esféricas, genéricamente de la fase II de este mismo yacimiento, fechables en la primera mitad o decenios del siglo -VI (González 1982: 374, lám. XII).

Del poblado del Bronce Final - Hierro Antiguo de Sant Martí d'Empúries proceden algunas fusayolas, idénticas a las de sa Caleta, dos de un nivel inicial de la subfase IIb1 (*c.* -600) (Castañer *et al.* 1999: 180, fig. 189, 193 núms. 9-10) y otras dos enmarcadas en la subfase IIb (Castañer, Santos, Tremoleda 1999: 277, fig. 189, 266 núms. 4-5), fechada *c.* -560/-540, cuando ya se registra en el lugar la formación de la *Palaia Polis* focea, si bien, aún en este último caso, se trata de fusayolas de tipo claramente indígena.

5.2. ELEMENTOS METÁLICOS

En sa Caleta se ha documentado un conjunto de piezas metálicas no exento de interés. Se hallan fabricadas en tres tipos de metal: bronce, hierro y plomo. Cabe aclarar que instrumentos y otros elementos de metal son muy frecuentes en los yacimientos fenicios arcaicos pero que, salvo excepciones, se hallan publicados de modo muy escaso.

5.2.1. Elementos de bronce

Cabe citar, en primer lugar un interesante grupo de anzuelos de pesca, con la forma típica, incluido su arpón, que ha perdurado hasta la actualidad y de diferentes tamaños (a-65, I-13, aa-91.1, aa-91.2, aa-91.3, o-10, XXIX-12, XXI-9, XXXI-50, bg-15, bg-105). Diversos individuos se hallan deformados, tal vez por efecto de uso. Son muy conocidos en yacimientos fenicios occidentales, como Morro de Mezquitilla, ya desde su fase B1 (Mansel 2000, fig. 5 núms. 1-7). Pueden citarse, también, ejemplares de Toscanos, publicados sin especificaciones de estratos (Schubart, Mass-Lindemann 1984, fig. 23 núms. 959-961). De La Fonteta también se han divulgado imágenes de anzuelos de bronce³³.

Otro grupo importante, dentro de los artefactos de bronce, son los punzones o agujas, frecuentemente imposibles de distinguir, debido a su deterioro (r-36, XXV-37, XXIX-11, aa-91.4, bg-107, bg-117, ec-50).

Sin duda, a una aguja con extremo aplanado y perforado corresponde la pieza bg-106. También es remarcable otra pieza (aguja o punzón) con el extremo enrollado en espiral y curvado (aa-90).

Destaca, por otro lado, una aguja, de buen tamaño (21,8 cm de longitud total), para el cosido de redes de pesca (p-67). Este tipo es conocido, igualmente, en Morro de Mezquitilla B1 (Mansel 2000, fig. 5 núm. 13).

El resto de elementos de bronce obedece a piezas únicas. En este apartado cabe citar la espiral de una fíbula de doble resorte (h-32), de una pequeña anilla cerrada (a-54), que también tiene paralelos en Morro de Mezquitilla B1 (Mansel 2000, fig. 4 núms. 6, 7, 9 y 10) y también de una punta de flecha lanceolada (ec-59). La desaparición del vástago de esta última impide saber si se trata, o no, de uno de los característicos especímenes con arpón, por la cual cosa no se profundizará más, por ahora, en su estudio.

En cuanto a las fíbulas de doble resorte, puede recordarse su amplísima distribución peninsular, aunque debido a la poca entidad del fragmento de sa Caleta, que no hace otra cosa que ampliar un ya de por sí extenso mapa de dispersión, no tendría lógica un repaso global de la problemática de este tipo de imperdible. En todo caso, puede recordarse que son relativamente habituales en ambientes fenicios o indígenas, muy directamente en su esfera de influencia e, incluso, en lugares más alejados de la Península Ibérica.

En el sur, por su gran antigüedad (siglos -IX / primer cuarto del -VIII) destaca una pieza de doble resorte de Plaza de las Monjas - Méndez Núñez de Huelva (González de Canales, Serrano, Llompart 2004, láms. XXXVIII, núm. 4 y LXIV, núm. 4). Muy antigua, dentro del siglo -VIII es otra fíbula de este tipo de la fase B1 del Morro de Mezquitilla (Mansel 2000, fig. 4 núm. 1), mientras que otra, también del siglo -VIII, procede de Las Chorreras (Gran Aymerich 1981, fig. 17), a las cuales pueden añadirse los ejemplos de la tumba 4 de Trayamar (Schubart, Niemeyer 1976: 225-227, lám. 53 c), la decena de ejemplares del cementerio del Cortijo de las Sombras, en Frigiliana (Arribas, Wilkins 1971: 197-204, fig. 5 núms. 2,2 y 3,2, fig. 7 núm. 8,2, fig. 11, núm. 12,3, fig. 17 núm. 15,2 y fig. 20 núms. 12-

33. <http://www.labherm.filol.csic.es/sapanu2000/alicante/fonteta.htm> y <http://www.lafonteta.ua.es>

14), algunos fragmentos en Los Toscanos (Schubart, Niemeyer 1976: 226) y en Villaricos (Siret 1906, fig. 15 núm. 9). Por otra parte, esta clase de fíbula no es extraña en horizontes tartésicos y otros contemporáneos, como Medellín (Almagro Gorbea 1977, fig. 109), Carambolo (Carriazo 1973, fig. 219), Cerro Macareno (Pellicer 1976-1978), Cruz del Negro (Bonsor 1899, fig. 96; Schule 1961), Los Alcores (Schule 1961), Setefilla (Bonsor, Thouvenot 1928, lám. VIII; Aubet 1975, fig. 61) o Cerro de la Mora (Pastor *et al.* 1981, fig. 5).

En el levante peninsular la fíbula de doble resorte está bien documentada en yacimientos como Peña Negra (González 1983: 172-175), Los Saladares, fase I-B2 (Arteaga, Serna 1975, lám. XII núm. 81), el Monastil (Poveda 1994, lám. 5) o el alt de Benimaquia (Gómez *et al.* 1993: 26).

En el noreste de la península Ibérica igualmente es un tipo conocido en yacimientos del Bronce Final y Primera Edad del Hierro, como can Canyís (Vilaseca *et al.* 1963), el Molar (Vilaseca 1943, figs. 7 y 12), Calaceite (Bosch Gimpera 1915-1920, fig. 507), Cortes de Navarra (Maluquer 1954, fig. 45), Agullana (Palol 1958, fig. 189). Todo ello dejando de lado otros yacimientos peninsulares de Portugal y Castilla-León así como de la costa francesa mediterránea donde también se han documentado fíbulas de doble resorte. Por otro lado, algunas piezas de este tipo, encontradas en Cerdeña e Ischia (Ridgway 1997, fig. 28), son tenidas como importaciones del área ibérica.

Continuando con el repertorio de instrumentos y otros objetos de bronce de sa Caleta, destaca también un cuchillo de pequeñas dimensiones, de forma afalcatada, con el mango de una pieza, rematado en apéndice redondeado (XIII-14). Otro fragmento (XXXI-73) podría perfectamente pertenecer al extremo de un cuchillo de este tipo.

Por otra parte, una pieza de sección oval-aplanada, ligeramente arqueada (I-14), también por sus dimensiones, podría pertenecer a un asa de jarro de bronce, aun que es imposible una afirmación rotunda en este sentido.

Finalmente, cabe indicar que son numerosos los informes de bronce de distintos tamaños que debieron tener función de lingotes o piezas de refundición (a-55, ec-58, aa-94, aa-93, aa-96, aa-97, bg-108, bg-109, XXXI-72, XXXI-74, etc.).

5.2.2. Elementos de hierro

A pesar de contar con diversos talleres de forja de hierro, los instrumentos de este metal son escasos en sa Caleta.

Destaca un cuchillo de una sola pieza, con hoja afalcatada y mango rectangular, con cuatro remaches también de hierro para cachas de madera o hueso (aa-89), se conserva completo, aunque fue partido accidentalmente en dos durante la excavación. Tiene una longitud global de 13,5 cm, mientras que el mango, mide 5,7 cm de longitud y 2,1 cm de anchura.

Se trata de un modelo de cuchillo muy extendido en ambientes protohistóricos del extremo occidente. Citando ahora solamente instrumentos de este tipo encontrados en yacimientos fenicios o muy directamente influenciados por ellos, puede indicarse que piezas similares ya se documentan en momentos tan antiguos como la fase B1 del Morro de Mezquitilla (Mansel 2000: fig. 6 núm. 6, con tres remaches). Existen también algunos ejemplares, al menos cuatro, en la fase II del asentamiento de la Peña Negra (González 1983: 252-253, fig. 39). Se conoce al menos un ejemplar, casi idéntico al de sa Caleta, en La Fonteta (*cf.* nota 33) y el Cabezo del Estany (Prats, García 2000, fig. 2).

También en la localidad marroquí de Tánger son remarcables los ejemplares de la necrópolis indígena de Aïn Dalhia Kebira, donde cabe mencionar la pieza de la tumba 24 –aunque sin remaches– acompañada de un vaso carenado biensado (Ponsich 1967, fig. 22), otra de la tumba 42, ésta sí, con dichos elementos (*id.*, pl. XXI) y acompañado de otras piezas de hierro y finalmente, un ejemplar, también con remaches, de la tumba 74 (*id.* pl. XXIX), junto con diversas joyas, entre las cuales un típico pendiente fenicio de tipo «nichiforme».

Otro punto que interesa ahora es la necrópolis onubense de La Joya. En este yacimiento tartésico fueron encontrados diversos cuchillos afalcatados de hierro, también de una sola pieza y, en todos los casos, con remaches para las cachas de hueso, marfil o materia vegetal, en general, son un poco más alargados que los observados en otros enclaves, pero obedecen a una misma concepción. Concretamente, se trata de dos ejemplares en la tumba 17 (Garrido, Horta 1978, fig. 64), probablemente segunda mitad del siglo -VII, otro en la tumba 18 (*id.*, fig. 87 núm. 1), otros en la 19 puesto que, tal vez algunas de las piezas fragmentarias sean más bien hoces (*id.*, fig. 99).

No puede admitirse, como se ha planteado (Mancebo 2000: 1828-1829), que este tipo de cuchillo tenga un carácter específicamente ritual, puesto que no deben confundirse contextos deposicionales intencionados y selectivos (caso evidente de los ambientes sepulcrales), con situaciones de pérdida o extravío de objetos (caso más probable en muchos contextos de hábitat). Por ello, al margen de su abundancia en las necrópolis, materiales como

los de Peña Negra, La Fonteta, Cabezo del Estany, y ahora también de sa Caleta, ya comentados, sitúan perfectamente estos cuchillos en ambientes domésticos y cotidianos.

Otra pieza de interés es un pequeño escoplo con corte hachiforme (XV-25), hallado en la forja de hierro del A.XV, en este mismo ámbito también se halló una pieza informe del mismo material (XV-33).

Queda por comentar un instrumento alargado y macizo, de sección cuadrada (p-29), cuya utilidad es difícil de aventurar.

5.2.3. Elementos de plomo

Del mismo modo que sucede con el hierro, frente a la generalizada presencia de galena natural en el ambiente cotidiano del asentamiento fenicio de sa Caleta y de las numerosas muestras de plomo fundido, goterones, chorreones, etc., los artefactos propiamente dichos, fabricados en este metal, son escasos.

Por una parte cabe mencionar una varilla de sección redondeada y doblada, cuya función no resulta de todo clara (aa-95).

Por otro lado, se documentan dos elementos hechos de plancha aplanada de plomo, enrollados hasta formar un cilindro (n-22, bg-104). Una tercera, pieza aunque se halló desplegada, debe pertenecer a un artefacto similar (n-21).

Se trata, sin duda, de pesas para redes de pesca, elemento que, tipológicamente hablando, se ha mantenido inalterado hasta el presente.

Existe también una pequeña pesa de plomo (bb-5.2), de forma perfectamente cúbica y de 1 cm de costado. Presenta en uno de los lados un signo inciso de forma triangular alargada y ángulos redondeados, de interpretación difícil, sin descartar que se trate de una indicación de peso.

Fue encontrada aunque en el nivel superior del E.bb y no existe, por tanto, garantía plena que corresponda a la fase fenicia de sa Caleta, aunque ello es muy posible considerando que en el mismo estrato se hallaron algunos nódulos de galena natural y cerámica mayoritariamente fenicia.

En este sentido conviene no olvidar otras pesas de plomo, exactamente de este mismo tipo, halladas en el Cerro del Villar (Aubert 1997, lám. III) en un ambiente que se ha interpretado como de mercado «minorista» o «privado», que, tal vez, fuera también objetivo trasladar a sa Caleta.

Destacan también por su gran antigüedad (siglos -IX / primer cuarto del -VIII) un grupo de pesas también de plomo de Plaza de las Monjas – Méndez Núñez de Huelva (González de Canales, Serrano, Llompart 2004, láms. XXXVIII, núms. 10-13 y LXIV, núm. 24) algunas de las cuales de morfología idéntica a la de sa Caleta.

5.3. ARTEFACTOS LÍTICOS

En el asentamiento fenicio de sa Caleta son muy numerosos los molinos líticos de vaivén. De hecho, aparecen en la mayoría de unidades excavadas, sea completos o en estado fragmentario.

Una gran parte de estos molinos son simples losas de piedra arenisca, muy a menudo conchífera, irregulares y con una o dos de sus caras aplanadas (p. ej.: IV-6, VII-5, XIII-15, XV-18, XV-19, h-30, XVIII-7, XXI-11, XXI-12, XLIII-9, XXIII-27, XXIV-5, XXIV-6, bg-110, XXVIII-12, aa-100, aa-102, cm-1, etc.). Aunque sus dimensiones acostumbra a ser medianas o pequeñas, otros son de mayor tamaño.

En algunos casos tienen un perfil en planta barquiforme (XV-20, XXIV-9), en otras ocasiones se detecta un resalte uno de sus extremos (S-114, XLVI-11) y, más raramente un apéndice de aprensión (aa-101). A pesar de ser claramente minoritarios, también existen algunos molinos fabricados con roca volcánica color gris: VIII-22, XV-20, XXI-10, etc.

Aunque existe la posibilidad que algunos de estos molinos procedan de canteras de Ibiza y Formentera, aún sin un estudio petrológico que cabrá en un futuro llevar a cabo, por sus características, la impresión que se tiene es que muy mayoritariamente fueron traídos del exterior, que en el caso de los volcánicos no se presta a ninguna duda.

También se encuentran en sa Caleta manos para los citados molinos. Se trata de cantos rodados que presentan muestras de haber sido empleados como partes activas en la molienda (XV-21, H1-1, XXV-16.2, XLII-16, etc.).

Uno de los cantos rodados de roca caliza gris (t-1), es redondeado y aplanado, visto en perfil, tiene dos pequeñas depresiones en el centro de sus caras anchas. Pudo tratarse de un mazo.

Cabe citar, porque es una pieza excepcional un gran mortero de piedra arenisca que en planta es un subcuadrado de bordes redondos. Tiene una cubeta interior tallada y un hueco vertedero en uno de sus bordes (bg-36).

Existen aun dos artefactos excepcionales. Uno de ellos (XXXI-83) es un molde de piedra arenisca blanca y fina. La pieza está fragmentada y el trozo conservado no permite discernir en su hueco el tipo de objeto que fabricaba. En cualquier caso, el tema habrá de ser estudiado con mayor detenimiento.

El otro es de difícil interpretación. Se trata de una pieza en arenisca abigarrada amarillenta y muy fina, que presenta distintas regatas en diversos puntos (f-16). Podría tratarse de un afilador de instrumentos metálicos pero, incluso, no es descartable que se trate de una figurilla.

Finalmente, cabe mencionar una lasca de sílex, con claros retoques artificiales (S-112). Si embargo, el hecho de su hallazgo completamente superficial obliga a una cierta prudencia a la hora de sacar conclusiones acerca de su presencia.

5.4 ELEMENTOS MALACOLÓGICOS ³⁴

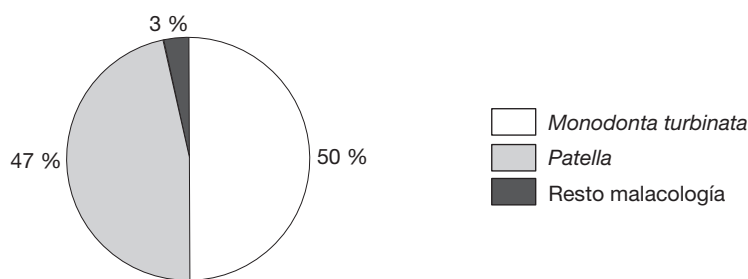
En las unidades de ocupación-abandono del asentamiento fenicio de sa Caleta se ha recuperado un número de individuos malacológicos que debe calificarse de muy importante –y, en consecuencia, de muy representativo– en proporción al registro global de elementos arqueológicamente analizables. En este sentido, basta indicar que son, en total, 4.455 los individuos reales de esta clase, inventariados.

Es también interesante señalar que, en extensión, se reparten por casi todas las unidades individualizadas, generalmente en proporción al resto de hallazgos, no significando, sino muy raramente, concentraciones especialmente significativas, al margen de su presencia, como se dice, generalizada.

Sin embargo, la realidad, es que sólo dos, de modo simplemente avasallador, acaparan los porcentajes de especies documentadas. De este modo, las *Monodonta turbinata*, con un total de 2.226 individuos, que representan el 50 % sobre todas las especies, encuentran sólo un parangón en las *Patella*, cuyo número global es de 2.097 individuos, equivalente al 47 % sobre el total malacológico.

Como se ha dicho, el resto de especies, en conjunto, configuran un grupo minoritario, puesto que está representado sólo por 132 individuos, que se traducen, únicamente, en el 3% sobre el total documentado.

Las especies y sus porcentajes, siempre sobre el 3 % del grupo minoritario, son los siguientes: *Acanthocardia tuberculata* 5 %, *Arca noae* 2 %, *Cardium edule* 10 %, *Cerithium vulgatum* 5 %, *Clavilithes* 1 %, *Cypraea pyrum* 1 %, *Glycimeris glycimeris* 8 %, *Murex trunculus* 4 %, *Mytilus galloprovincialis* 2 %, *Palinurus elephas* 1%, *Pecten* 1 %, *Pinna nobilis* 2 %, *Spondylus gaederopus* 5 %, *Thais baemastoma* 49 %, *Tritonium nodiferum* 1 %, *Turbo rugosus* 3 %.

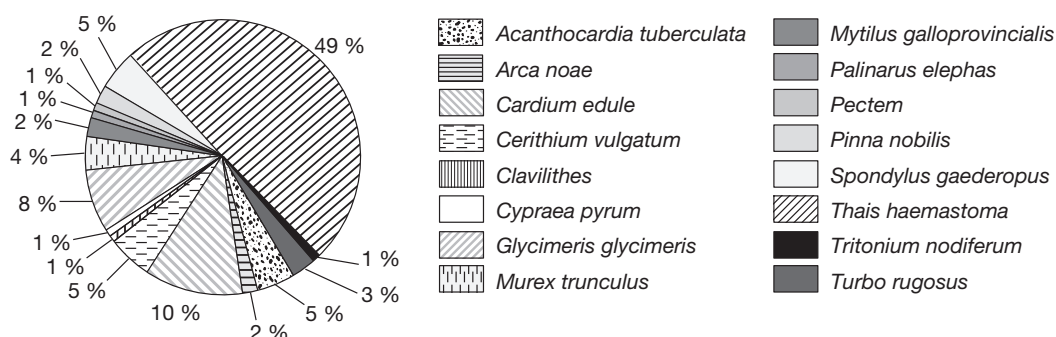


Gráfica 7: malacología, % de *Monodonta turbinata* y *Patella* en relación al resto de especies.

34. El presente comentario a la malacología de sa Caleta no es, evidentemente, un estudio especializado, que algún día podrá llevarse a término. Todos los elementos han sido clasificados con ayuda de los muchos manuales sobre este tema existentes en el mercado, hecho facilitado por la identidad absoluta de las especies recuperadas en el establecimiento fenicio con las que aún existen actualmente en la costa y litoral de la isla.

Los grupos mayoritarios, es decir, las *Patella* y las *Monodonta turbinata* son moluscos muy apreciados aún, culinariamente hablando, en Ibiza, donde siguen siendo muy abundantes y, que podían recogerse en la misma costa de sa Caleta y todas las circundantes, incluida la playa des Codolar, puesto que habitan sobre las rocas en el mismo límite del nivel del mar e incluso por encima de este. No resulta pues extraña su enorme cantidad y porcentaje en los estratos del asentamiento fenicio.

Tanto las *Patella* (especialmente las *Patella coerulea*), como las *Monodonta turbinata* están representadas por individuos de todos los tamaños en la gama de dimensiones máximas para estas especies. La mayor de las *Patella* documentadas (aa-110) tiene un diámetro máximo de 8,5/9,0 cm y una altura de 2,6 cm, dimensiones actualmente imposibles de encontrar en la isla.



Gráfica 8: malacología, % del total de especies, con excepción de *monodonta turbinata* y *patella*.

Salvo algunas excepciones, las conchas de las *Monodonta* aparecen completas, puesto que no es difícil extraer el molusco sin necesidad de partirlas. Llama la atención, sin embargo, como en un porcentaje, ciertamente bastante minoritario, el ápice de las monodontas está partido, sin duda intencionalmente. Por ahora no se puede dar una explicación satisfactoria a este hecho.

Otros moluscos, como la *Astrea rugosa* (o *Turbo rugosus*) también habitan en ambientes rocosos de la franja infralitoral hacia abajo, si bien en cantidades infinitamente más pequeñas que las *Monodonta* o *Patella*, hecho que se refleja perfectamente, también en los porcentajes de sa Caleta.

La *Charonia lampas* (o *Tritonium nodiferum*) está representado por un solo individuo. Se trata de uno de los moluscos gastropódos prosobranquios de mayor tamaño del Mediterráneo. Vive de modo un tanto solitario en fondos de la zona costera inferior. Su captura es por tanto más específica.

Los *Cerithium vulgatum* están representados por unos pocos individuos mientras que los *Clavilithes* no cuentan sino con un ejemplo. En realidad, se trata de prosobranquios de escaso valor como nutriente, que en la Ibiza actual llegan a emplearse más bien como cebo para pesca.

Un tema distinto es el de los moluscos, también gastropódos prosobranquios, considerados purpúreos. En los niveles fenicios de sa Caleta están representados el *Murex trunculus* y, sobre todo, *Thais haemastoma* (o *Purpura haemastoma*), ambos son relativamente fáciles de obtener en las franjas infralitorales rocosas y entran en el grupo de elementos malacológicos –como se ha dicho, ampliamente dominados por las *Patellae* y las *Monodontae turbinatae*– minoritarios, aunque en este sector superan ampliamente al de otras especies, puesto que constuyen el 53 % (*Thais haemastoma* 49 % y *Murex trunculus* 4 %).

A nivel microespacial es también importante observar que los murícidos se mezclan, en todas las UEs donde se documentan, con otras especies, es decir que no existen unidades que reflejen inequívocamente un aprovechamiento especializado.

Entonces, la pregunta clave es si las *Thais haemastoma* y los *Murex trunculus* fueron objeto de consumo, o fueron destinados a la producción de púrpura, durante la fase fenicia de sa Caleta. El hecho de la fragmentación intencional de la mayoría de conchas podría apuntar en sentido afirmativo, igualmente su presencia en unidades claramente relacionadas con el tejido como el A.XX, pero los dos usos pudieron no ser excluyentes.

UE / Inv.	Especie	individuos	Estado
p-30	<i>Murex trunculus</i>	2	fragmentados
m-7	<i>Murex trunculus</i>	1	fragmentado
XXII-8	<i>Murex trunculus</i>	1	fragmentado
bg-115	<i>Murex trunculus</i>	1	fragmentado
XXX-55	<i>Thais baemastoma</i>	1	fragmentado
a-61	<i>Thais baemastoma</i>	6/7	frags. 5, comp. 1
b-24	<i>Thais baemastoma</i>	1	completo
c-15	<i>Thais baemastoma</i>	2	fragmentados
e-119	<i>Thais baemastoma</i>	1	fragmentado
I-17	<i>Thais baemastoma</i>	1	fragmentados
XII-7	<i>Thais baemastoma</i>	1	fragmentados
XIII-23sn	<i>Thais baemastoma</i>	¿	fragmentados
XIII-25	<i>Thais baemastoma</i>	6	fragmentados
h-35	<i>Thais baemastoma</i>	2	fragmentados
j-23	<i>Thais baemastoma</i>	1	fragmentados
d-19	<i>Thais baemastoma</i>	1	fragmentados
cd-9	<i>Thais baemastoma</i>	2	fragmentados
XX-37	<i>Thais baemastoma</i>	3	fragmentados
II-6	<i>Thais baemastoma</i>	1	¿completo?
ca-7	<i>Thais baemastoma</i>	1	fragmentados
r-13	<i>Thais baemastoma</i>	1	fragmentados
XV-35	<i>Thais baemastoma</i>	3	fragmentados
aa-113	<i>Thais baemastoma</i>	8	fragmentados
ac-16	<i>Thais baemastoma</i>	7	frags. 6, comp. 1
XXV-39	<i>Thais baemastoma</i>	1	fragmentados
r-46	<i>Thais baemastoma</i>	4	frags. 1, comp. 3
db-10	<i>Thais baemastoma</i>	1	fragmentados
n-41	<i>Thais baemastoma</i>	1	completo
bg-116	<i>Thais baemastoma</i>	1	fragmentados
XXXI-56	<i>Thais baemastoma</i>	3	fragmentados
ec-39	<i>Thais baemastoma</i>	2	frags. 1, comp. 1
XLVI-10	<i>Thais baemastoma</i>	1	completo
dn-10	<i>Thais baemastoma</i>	1	fragmentados

Pasando a los bivalvos, es significativa la presencia en E.aa/UE.2 de un grupo de once conchas de *Cardium* o *Cerastodema edule* (aa-111), a las cuales cabe sumar cuatro individuos en distintas unidades (n-42, XIII-26 y XXIV-14). Se trata del apreciado berberecho— cuyo hábitat, en fondos fangosos o arenosos, donde se entierra, es más específico, ya que puede soportar grados de salinidad muy elevados, entre el 20 y el 34 %, y se documenta, precisamente, en lugares como las Salinas de Ibiza, confirmando, de otro lado, una actividad fenicia en este punto, sin duda, junto con la ya mencionada explotación de sal.

Otro bivalvo, documentado de modo excepcional en sa Caleta es la *Acanthocardia tuberculata* o *Rudicardium tuberculatum*, mientras que las *Glycimeris glycimeris* resultan sensiblemente más abundantes. Otro, esporádico pero bien documentado en el asentamiento fenicio es el *Spondylus gaederopus*, la ostra roja, bivalvo igualmente comestible y apreciado, existen también algunos ejemplos muy esporádicos de mejillón (*Mytilus galloprovincialis*) y de *Pinna nobilis*. Mientras que aún mucho más testimoniales resultan las *Arca noae* y los *Pecten*.

Finalmente, cabe indicar que un crustáceo tan renombrado actualmente en el ámbito de la restauración, como es la langosta (*Palinurus elephas*), está representado por fragmentos de caparazón de al menos un individuo.

5.5. HUEVOS DE AVESTRUZ

En distintas unidades de sa Caleta, muy repartidos arealmente, se han encontrado diversos fragmentos de cáscaras de huevos de avestruz. En general pequeños y sin trazas aparentes de decoración, pero si en algunos casos de recorte, sin que se pueda precisar más ante el estado de este material.

Son los siguientes: a-57 y II-11 (Barrio S), aa-98 y XXV-36 (Barrio Central) y XXXI-49 (Barrio NW).

Cáscaras de esta especie aparecen en los establecimientos fenicios o de influencia comercial fenicia desde las más antiguas fases por ahora documentadas de estos contactos, como Plaza de las Monjas – Méndez Núñez de Huelva (siglos -IX / primer cuarto del -VIII) (González de Canales, Serrano, Llompart 2004, lám. LXX, núm. 5), en adelante. Sin embargo, no tendría ahora sentido un repaso al total de hallazgos conocidos en ambientes arcaicos, ante la fragmentación del material de sa Caleta, que impide otras consideraciones que no sean constatar su presencia.

5.6. ÁMBAR

En horizontes fenicios estratificados de sa Caleta se han recuperado dos fragmentos de ámbar (III-38 y bg-109). Poco más al margen de dar a conocer su presencia puede añadirse. Recordar, en todo caso que en Plaza de las Monjas – Méndez Núñez de Huelva, como se ha dicho el más antiguo horizonte de comercio fenicio atlántico, documentado por ahora, existen cuentas de collar fabricadas con este material (González de Canales, Serrano, Llompart 2004, lám. XXXVI, núm. 21).

5.7. ÓXIDO FÉRRICO

En el espacio r se documentaron varios nódulos pequeños de piedra rojiza muy friable (r-41). Se trata sin duda de óxido de hierro, sometido previamente a un proceso artificial y es prácticamente seguro que estaba destinado a la preparación de colorantes o pinturas color rojo, sin que se puedan hacer por ahora otras precisiones.